COMEDIA FAMOSA

ENGAÑAR PARA REYNAR.

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Iberio, Rey, Galàn.
Ludovico, su hermano.
El Duque Conrado.
El Condestable, Barba.
Tebandro, Barba.
Elena, Dama.
Lauro, su hermano.
Isbela, Dama.
Flora, Criada.
Bato, Gracioso.
Octavio.
Criados.
Soldados.
Musica.
Acompañamiento.



JORNADA PRIMERA.

Dentro ruido de caza, y dicen:

Unos. POr aqui và el Javalì.
Otros. Al agua se và, tiradle.
Unos. Ataja, ataja, miradle.
Otros. Por dònde và? *Unos.* Por aqui.
Dent. el Rey. Si al Firmamento te subes,
te he de seguir.
Dent. Elena. La aspereza
de este monte me valdrà.
Rey. Es vana tu diligencia.
Salen Elena, Dama, vestida de pieles blancas con arco, y flechas, y el Rey, vestido de caza à lo Ungaro, siguiendola.
Rey. Detente, hermoso prodigio,
aguarda, honor de las selvas,
detente, muger heroica,
monstruo de Venus, espera.
Aguarda, assombro de Marte,
detente, quarto Planeta,
que entre nubes traes oculto
lo luciente de tu esfera.
Quièn eres, dì, que bolando
en tu misma ligereza,
ò diste leccion al rayo,
ò te soñaste saeta,
ò bebiste exhalaciones,
ò à la sacra inteligencia
quitaste el mòbil sagrado
para el curso de tus ruedas?
Quièn à estos montes te trajo,
pues al subir essa eterea
fabrica de este obelisco,
piràmide de essas selvas,
de suerte te remontaste,
que entendì, por cosa cierta,
que eras Aguila bolante,
y que subida à tu esfera,
ibas à beber los rayos
al farol de essa centella,
ò que derramando copos,
pareciendo el Alva mesma,
ò que ella misma queria,
por hacerte competencia,
hacerte celeste concha

para guardarte por perla?
Habla, armiño de mi Imperio,
pues quando diste la buelta
à la falda de este Olimpo,
promontorio con diadema,
entendì que el monte andaba,
y tù de nieve cubierta,
al passo que se movìa,
llevando el Austro por niebla,
fatigaste el fuego activo,
donde habìtan las centellas,
y hecho cogollo de Mayo,
tan una de tu entereza
te quedaste, que al llegar
à la esfera mas perfecta,
al campo del firmamento,
alzando tù la cabeza,
passaste plaza de luz,
sin reparar las estrellas
en tener mas un lucero
en su maquina diversa.
Tù sola aqui te acompañas,
y quiero avisarte en esta
torre, garzota de plumas,
que con este Alcazar juega,
como te vide bolar
sobre esta fabrica inmensa,
creì ser este obelisco
escala, y que tù por ella,
ya de cansada del monte,
ibas à la silla règia,
para que no mendigassen
de luz los siete Planetas.
Iberio soy, Rey de Ungria,
que viniendo à cazar fieras
en este escollo, que frisa
con la lampara funesta,
en este Alcazar de robles,
cuyas peladas almenas
son claraboyas del Sol,
donde gira sus saetas,
donde arrebola sus rayos,
y donde sus luces peina,
he visto à Palas con arco,
à Semiramis con flecha,
armada, en vez del acero,
de los rayos que te cercan.
En valde, Diana, huyes,
porque de suerte me llevas,
que no te dexàra, quando
precipitada, y resuelta,
alas te calzàra el viento,
rayos esse gran Planeta,
la exhalacion lo velòz,
su mano la inteligencia,
la nave su precipicio,
el pensamiento su idèa,
el Cisne su movimiento,
y el Hipogrifo su fuerza:
Porque si quieres huir,
culpa à la naturaleza,
ò buelve à nacer de nuevo;
porque quando no quisieras,
si de piedra imàn te vistes,
tù misma la causa llevas,
que atraes con tu hermosura
todo quanto el Sol penetra.
Dichoso el tosco Palacio,
que gozan estas florestas,
pues viniendo à vencer brutos,
he visto en sus altas peñas
en un abreviado globo
todo esse campo de estrellas,
todo esse zafir de luz,
todo esse muro de perlas,
todo esse cristal lucido,
todo esse mar de centellas,
todo esse nevado espejo:
y en la mayor gentileza,
el assèo mas gallardo,
la magestad mas suprema,
la deidad mas invencible,
la mas superior alteza,
y la hermosura mayor;
pues buscando competencia,
ninguna puede igualarte,
pues te excedes à tì mesma.
Elena. Rey valeroso de Ungria,
que fatigando estas selvas,
tres horas ha que me sigues,
contando en esta aspereza
ramo à ramo, y flor à flor,
tronco à tronco à toda ella,
lo profundo de sus valles,
lo intrincado de sus peñas:
Què oculta deidad te anìma

à ſeguir de eſta manera
mi valor, que ya canſada
de tu pretenſion reſuelta,
he parado en eſte llano,
rèmora ſiendo eſta peña,
que ſe me puſo delante,
ſolo para que ſupieras,
que era compañera mia,
y que enternecida al verla,
por dar aliento à mi vida,
me embargò la ligereza?
Yo ſoy parto de eſtos montes,
y porque mas claro ſepas
quien ſoy, pues apuras tanto,
darète de todo cuenta.
Yace en eſte excelſo monte,
à quien el Danubio riega,
un Valle, que por muralla
un promontorio rodèa,
tan colocado, y tan alto,
que hecho argolla de la tierra,
es un arco remontado,
tan unido à la ſuprema
region del fuego, que el globo,
ò remate, ſe paſſea
en el còncavo gallardo
de eſſa trèmula centella,
y tan lòbrego eſtà el Valle,
que ſus obſcuras tinieblas,
boſtezando negras ſombras,
y fraguando nubes denſas,
preſumen ſer el Palacio
rincon de todas las nieblas,
fundamento de la noche,
tanto, que ſi eſta lumbrera
de medio à medio ſe parte,
es tanta ſu reſiſtencia,
que en lo profundo del llano
quiere el dia à pura fuerza
penetrarle los nublados;
pero nada le aprovecha,
que deſmayada ſu luz,
paraſiſma, ò titubèa.
Por la mitad de eſte abiſmo
ſale un arroyo, que lleva
por criſtal purpura roja;
es la cauſa una ſecreta
mina, ò tierra de color,
tan al vivo ſe le pega,
que deſguazando haſta el Pò,
al entrar por ſu carrera,
parece el rojo coral
vanda de ſangre violenta,
cuya mageſtad, y gala,
altivez, y gentileza,
le robò Neptuno amante,
para ſer del Pò cometa.
En un lado hay un pezòn
de una roca, que comienza
à deſvanecerſe tanto,
que porque de ſus cavernas
no ſe ſaca nunca luz,
para no vivir ſin ella,
por eſte peñol Atlante
de eſta fabrica encubierta,
aunque es mucha la diſtancia,
la region del fuego pega
en ſu copete, y es llano,
que de quando en quando quema
los troncos que eſtàn mas altos,
y de encendida paveſa,
baxa farol de la cumbre,
y aſsi de luz ſe alimenta.
Mas à la vanda del Norte
un puntal de Mar no llega
al diafano Cenit,
y por un brazo una eterna
ſangria le diò Neptuno,
y como los labios beſa
del mayor criſtal, le ſorbe
la diafana belleza;
y aſsi, ſu raudal nevado
echa por la blanca vena
à pedazos los diamantes,
y los racimos à perlas.
Al lado de medio dia
una peña ſe boſteza
de una cueva lobregoſa;
y medio quarto de legua
entrada ſe viene à dar
à una plaza, donde aſsienta
la Primavera la ſuya
de Monarca de las yervas.
Alli dà el cargo à las flores,
porque es ſòlio en que decreta
ſus negocios, deſpachando

por el Orbe sus riquezas.
Los elementos templados
hicieron felices treguas
de paz à esta parte; tanto,
que quando el viento se llega,
desasido de su curso,
à su instancia se refrena,
y zèfiro corre al punto,
el fuego amoroso pega,
el agua toda se rie,
siendo azafate la tierra.
En medio, en fin, de este sitio,
un Palacio se sustenta,
breve alvergue de la Aurora,
cuya hermosura opulenta
es propio espejo del Sol,
donde riza su guedeja,
donde arrebola sus rayos,
y donde sus luces peina.
Este corazon del soto,
esta antorcha de la selva,
este archivo del Abril,
guirnalda del Sol compuesta,
es mi Alcazar invencible,
y tres lustros ha, que en ella
examino vida propia:
la restauracion primera
fue al ir saliendo del Arca,
urna de naturaleza,
y de un padre, que aun oy vive,
y me diò por nombre Elena.
Son estas pieles mi trage,
si bien ocasion secreta
hay para que yo las traiga,
y la mayor obediencia
de mi padre, es quien me obliga,
cuya causa de su idèa
he procurado saber,
y nunca pude entenderla.
Mi ascendencia no la sè;
pero yo me doy nobleza
à mì misma, que me basta;
porque tan vana, y sobervia
estoy en aquesta parte,
que laureles, y diademas,
quando se quieren alzar
à coronar mi cabeza,
aun de las manos no passan,
entendiendo aquesta empressa
invencible, y entre sì
ocupados, de verguenza
se precipitan al suelo,
humildes los pies me besan;
y no es mucho que lo hagan,
pues no sabiendo si yerran,
de la humildad se han valido
para templar la altiveza.
Es mi exercicio el cazar,
por ser esta de la guerra
viva imagen, y los brutos
tanto de mì se amedrentan,
que si acaso de mi estancia
salgo moviendo la lengua,
no llevo caza jamàs;
porque sintiendo mis huellas,
todos se esconden, dexandó
esta campaña desierta.
Y asi, conociendo yo
de su instinto la agudeza,
estas sandalias me calzo
para venir mas secreta:
y cogiendo descuidadas
quantas aqui habitan fieras,
por no dexar solo al Monte
sin generacion, no lleva
mi brazo quanto aqui topa,
que se quexàra la tierra,
si de una vez le quitàra
su bruta naturaleza.
Vès esse oculto vacìo,
vès essa sima, que abierta
en siglos de eternidades,
luz pide, y sin ella queda?
pues ayer de sus entrañas
exhalò terrible, y fiera,
un Espin tan erizado,
que las puntas de sus flechas
un diluvio amenazaba.
Acometiòme la fiera
tan horrible, que al mirarla
puse à el arco la saeta,
y apenas llegò el efecto,
quando su querida prenda
(si querida puede ser
cosa tan horrible, y fiera)
saliò à quererlo vengar;

mas

mas yo à la mano finieſtra
pongo la aljaba, y alzando
eſte tronco, tan abierta
le dexè la ſepultura,
que ninguno diſtinguiera,
ſi era tierra el cuerpo bruto,
ò ſi era tierra la fiera.
Eſta, iluſtre Iberio, ha ſido
la hiſtoria que te deſvela,
el prodigio que te aſſombra,
el deſeo que te eleva,
el tema de tu altivèz:
el alma ſoy de eſtas fieras,
el corazon de eſtos montes,
la corona de eſtas ſelvas,
la Reyna de eſtas montañas,
blanca Aurora de eſtas breñas.
Y porque buelva al ocaſo
eſta encendida paveſa,
para luego ſepultarſe
ſobre las ondas ſobervias
del campo de los criſtales:
dame, Monarca, licencia,
que mi viejo padre aguarda;
pues à eſtas horas eſpera,
como la noche à la Aurora,
como à la luz las tinieblas,
como à la flor el rocìo,
mi perſona: à Dios te queda,
que parece que dilatas
deſde tu pecho à la lengua
la razon, y con dudar,
ſolo recelo me dexas,
que eres como Rey galàn,
yo para muger muy bella,
y ſi preſumes de Dido,
tienes muy cerca las cuevas.
Rey. Eſpera, Elena divina.
Elena. En vano llamarme intentas.
Rey. Vive Dios, que he de ſeguirte.
Elena. Serè rayo. *Rey.* Yo ſaèta:
aguarda. *Elena.* No he de aguardarte;
mi ſagrado el monte ſea.
Rey. No te ha de valer el monte.
Elena. Valdràme mi ligereza.
Rey. A mì me valdrà mi amor.
Elena. Perderàſte en eſta empreſſa.
Rey. Ya lo eſtoy de tu hermoſura.
Elena. No ſabes quièn es Elena? *Vaſe.*
Rey. Tenedla, claros arroyos;
olimpos, fuentes, tenedla;
roſas, ſervid de murallas;
eſpinos, zarzas, y yedras,
haced red à eſta hermoſura,
mirad que el alma me lleva. *Vaſe.*
Salen Ludovico, el Condeſtable, y Octavio.
Ludov. Condeſtable, ſi mi hermano,
como Rey goza el Imperio,
es coſa injuſta, que Iberio
es menor; y es caſo llano,
que aunque legitimo es,
y yo natural, mi madre
le dexò à Aſtolfo mi padre
à Ungria; y aunque deſpues
dexò burlada ſu mano,
quitandole la corona,
la miſma razon me abona,
para dar muerte à mi hermano;
y eſta, Conde, es la razon
mejor que puedo tener.
Condeſt. Quiero engañarlo, y vencer
ſu barbara pretenſion. *ap.*
Señor, el querer quitar
la vida à tu hermano aora,
ſi el Reyno todo te adora,
es facil de executar:
pero en ocaſion tan fuerte,
còmo la podràs lograr?
Ludov. Si èl ha venido à cazar,
y entre fieras ſe divierte,
què ocaſion havrà mejor?
Condeſt. Mira bien, ſeñor::- *Ludov.* Yo sè,
que con tu ayuda podrè.
Condeſt. Deſdice mucho el valor:
veneno hay, y podràs
executar tu deſeo.
Octav. Bien dice el Conde. *Ludov.* Ya veo
el conſejo que me dàs:
pero ni admito, ni quiero
ſeguir vueſtro parecer.
Condeſt. Aviſar es meneſter *Los dos ap.*
al Rey. *Octav.* Ayudarte eſpero.
Salen Iſbela, Dama, el Duque Conrado, y acompañamiento.
Iſbela. Mi primo el Rey perdido?
Duque. Entre eſſe laberinto, guarnecido
de

de alfombras de corales,
texidas del Abril para ſus males,
ſiguiendo un Ciervo herido,
gallardo, y atrevido
atraveſsò eſſe llano.
Ludov. Perdido el Rey mi hermano?
Vè, Isbela, y con tu gente
corre eſſe monte altivo, y eminente,
que yo prometo hallalle
en lo ameno florido de eſte valle.
Isbela. Yo corro àzia el Poniente.
Ludov. Yo mido la eſpeſura del Oriente.
Isbela. Faltòme el Sol, y el dia:
ay dulce prenda mia!
Ludov. Aviſad los Monteros.
Condeſt. Todos corten ligeros
del monte la eſpeſura.
Duque. El Rey. *Ludov.* Mi hermano?
Condeſt. Si. *Isbela.* Feliz ventura.
Sale el Rey. Mi bien? prima? ſeñora?
Ludov. Señor? *Rey.* Hermano?
Isbela. Aora
todos deſalumbrados,
perdidos, y turbados
ibamos à buſcarte:
què tienes, dì, ſeñor?
Rey. No quiero darte
peſadumbre, que ha eſtado
mi vida en gran peligro.
Isbela. Iberio amado,
no en valde en eſta calma
el temor avisò preſagio al alma:
pues què te ha ſucedido?
Rey. El prodigio mayor que havreis oìdo.
A la lengua del agua
de eſſe arroyo velòz, que ſe deſagua,
à fuerza del diluvio,
en la fiera corriente del Danubio,
ſe abalanzò, paſſado
el cuerpo con purpura bañado,
el Ciervo, que tù viſte;
desfogò en el criſtal, y como embiſte
el dolor à ſu aliento,
rindiò la vida al frìgido elemento.
Entrè en una alameda,
paſſo de una freſneda
al ſitio recreado; (dado
doy buelta al monte, y quando deſcui-
la falda le medìa,
de una boca ſombrìa,
gruta de una montaña,
toſca morada, irracional cabaña,
ſale un Leon herido,
llenando el aire de barbaro bramido.
Apenas midiò el llano,
quando un Dragon ufano
ſaliò del monte miſmo,
del tenebroſo abiſmo,
para el Leon canſado:
del Dragon acoſado,
que era cachorro nuevo,
recien ſalido al cebo,
fixò àzia mì la cara,
no es mucho me miràra,
ſi en el valor conſtante,
por lo Leon, mirò ſu ſemejante.
Arrimòſe à mi lado,
favor pidiendo, y de rigor armado;
el Dragon atrevido,
dexa el Leon, y en Onza convertido,
acometiòme luego,
echando por los ojos vivo fuego.
Alza el Leon la garra,
y un pedazo del lomo le deſgarra;
abre el Dragon la boca,
la melena al Leon ſangrienta toca,
y ſalpicando el ſuelo,
al rededor le traxo, al redopelo.
El venablo le tiro,
y por preſto que el cuerpo le retiro,
alcanzòme en un lado,
y en ira deſatado,
al cogerme en los brazos,
el padre del Leon le hizo pedazos,
que con paſſo volante
el Cielo me le traxo por montante.
Isbela. Valgame el Cielo! *Rey.* Isbella,
ſocorriòme mi eſtrella.
Ludov. El lance fue forzoſo:
terrible mal! *Isbela.* Fue caſo prodigioſo!
Rey. Recojaſe la gente:
tù, Ludovico, hermano, diligente,
con Isbela por norte,
bolved luego à la Corte.
Isbela. Pues tù quieres quedarte?
Rey. Yo pretendo alcanzarte

muy

muy preſto en eſte bayo
bruto Polaco, deſaſido rayo,
que apoſtò con el viento
à ſer flecha velòz del firmamento:
ſeguirè mi conquiſta: *ap.*
que perdieſſe aquel mõſtruo de la viſta!
perdido vengo, ay Cielos!
Ludov. Ya el Sol habìta en otros paralelos:
ya nos llama la gente. (dente,
Isbela. Aun no he buelto, ſeñor, del acci-
que al corazon has dado. *Vaſe.*
Rey. Antidoto es aqueſte à mi cuidado.
Condeſt. Oye aparte, gran ſeñor.
Rey. Què hay de nuevo, Condeſtable?
Condeſt. Un caſo, ſeñor, notable:
Tu hermano, fiero traidor,
intenta darte la muerte,
y airado, en fin, contra tì,
me traxo engañado aqui,
por poder lograr ſu ſuerte.
Rey. Què dices? *Condeſt.* Lo que has oìdo:
rodèa, ſeñor, el monte,
antes que baxe Faetonte
al ſepulcro del olvido.
Eſcapa de eſta traicion,
que todos los Potentados
eſtàn, ſeñor, declarados
en ſu ſobervia ambicion.
Rey. Diſsimula, Conde. *Ludov.* A Alberto
puedes, Octavio, aviſar.
Octav. No me tienes que encargar;
eſte ès mas ſeguro puerto. *Vanſe.*
Condeſt. Eſcapa, ſeñor, la vida,
todo el monte eſtà cercado,
impoſsible es la defenſa;
pues Ludovico el baſtardo
con ſeis traidores de Ungria
vienen ſiguiendo tus paſſos.
Rey. Mejor es, Conde, morir
à manos de eſte tirano.
Condeſt. Paſſate à Italia, ſeñor,
que es conſejo temerario
arrieſgar tu vida aqui:
pon eſpuelas al cavallo,
entrate en eſta montaña,
que con curſo acelerado
ſe eſcuchan eſtos traidores.
Rey. Seguir tu conſejo aguardo.
Condeſt. Retirate, gran ſeñor. *Vaſe.*
Rey. A dònde camino, que hallo
à cada idèa un prodigio, *Paſſeando.*
à cada paſſo un encanto,
un impoſsible à la viſta,
que le toco con las manos,
y deſvanecido al viento,
fue exhalacion, trueno, ò rayo?
De un vil baſtardo ofendido,
que darme muerte ha intentado,
y de Isbela, que aborrezco,
vengo huyendo? caſo eſtraño!
Por lo eſpeſo de eſte monte
atado dexè el cavallo
à eſſe roble: ò hermano aleve!
eſta traicion, eſte agravio
à tu ſangre? Por aqui
aquel prodigio, ò milagro
de hermoſura ha de vivir;
pero prodigio le llamo,
ſiendo del Alva la riſa,
ſiendo de la Aurora el llanto,
crepuſculo del Planeta,
à quien tù preſtaſtes rayos?
Ruido ſiento, y à la luz,
que el claro Sol ha dexado,
miro un Labrador allì:
Sale Bato, Gracioſo, de Villano.
ola, buen hombre? *Bato.* Llamaron?
Rey. Si. *Bato.* Quièn llama?
Rey. No me veis?
Bato. Juro à Dios, que es corteſano!
quièn diabros lo traxo aqui? *ap.*
èl ſe ha perdido, y buſcando
viene à do paſſar la noche.
Rey. Ola, digo, con quièn hablo?
Bato. Eſſa es buena necedad!
haveis preguntado algo
para hablar de aqueſſa ſuerte?
Mirad la res do ha baxado:
hay ovejas mas travieſſas!
ò lleve el diabro el ganado.
Rey. Vais à la cabaña aora?
haveis paſſado trabajo
para juntar vueſtro apriſco?
Decidme, caſa de campo
hay alguna en eſtos montes?
Bato. Què me preguntais, hermano?
ve-

venìs::- mire el bragacillo
por donde viene rodando!
Rey. Oid. *Bato.* Què tengo de oir?
tira à esto, torna, manchado.
Rey. El se quietarà: decid,
de què dueño sois criado?
cuyas son aquestas reses?
son vuestras? *Bato.* Seràn del diabro.
Rey. Ola, escuchame, buen hombre:
està lexos de este prado
una bella caserìa,
cuyo dueño es un hidalgo,
que tiene por hija al Sol,
cuyo nombre::- *Bato.* Mire el manso
por dònde lleva los otros!
Rey. Què es lo que decìs, hermano?
Bato. Empecemoslo à decir,
que en vuesso cuento no he estado,
porque estas ovejas son::-
Rey. Dexadlas, pues, reportaos.
Bato. Còmo reportarme tengo?
si la descíño, y le encajo
el peladillo à la honda::-
Rey. Escuchad. *Bato.* Vamos al caso.
Rey. Digo, pues, que esta señora,
gallardo triunfo de Mayo,
que en el sòlio mas supremo
candòres al Alva ha dado,
explendores à la luz::-
Bato. Habre en nuestra lengua, hermano,
que ni sè què son candòres,
ni sòlio (lindo borracho!)
ni explendores: que haya gente, *ap.*
que solo por decir algo,
habran lo que ellos no entienden!
Rey. Escuchad. *Bato.* Vamos al caso.
Rey. Elena es su nombre, y suele,
por estos montes cazando,
ser Semiramis valiente,
ser Atlante en el retrato.
Bato. Què rato, ni què ratin?
quitad allà essos vocablos,
id à hablarlos al infierno.
Rey. Escuchad. *Bato.* Vamos al caso:
essa Ramirez se dice
Elena? *Rey.* Si, amigo. *Bato.* Vamos
con esta misma corriente,
y echareis por el atajo,
y llamad al vino, vino,
buey al buey, y asno al asno.
Rey. Por esta Quinta pregunto.
Bato. Su padre, señor, es mi amo;
à la Quinta voy aora,
pues ya cerca de ella estamos,
que solo falta passar
una cueva, y en un campo
bolver à mano derecha;
pero yo por ningun caso
os puedo llevar allà,
que me ahogarà mi amo,
que vive allì de secreto,
y està aparte retirado,
y no quiere allà un mosquito,
quanto mas un Cortesano.
Rey. O Pastor divino! el Cielo
te acreciente tu rebaño;
y tanto à aumentarle venga,
que los vellones nevados
parezcan sobre estas peñas.
Bato. Echa fuera, retiraos:
abrazarme à mì? oste puto.
Rey. O Embaxador soberano!
Iris celeste! *Bato.* Què Iris,
ni què haca? reportaos:
no veis las barbas que tengo?
à mì amores? à mì alhagos?
Rey. Darète en pago la vida.
Bato. A Italia con esse pago:
primero correrà el monte,
y rebentarà bolando:
quiero arrimarme à la peña,
habrad aora. *Rey.* El Palacio
de este Alcazar dònde està?
Bato. Media legua de èl estamos:
entrad por essa cañada,
vereis unos olmos altos,
dad à unos chopos la buelta,
atravessad luego un prado,
calad luego una fresneda,
y à mano derecha estando,
y rebolviendo àzia el monte::-
Rey. Què cansado es el villano! *ap.*
Pues tanto he de rebolver?
Bato. Toma essa senda en la mano,
que ella os llevarà à la Quinta.
Rey. No vendreis conmigo? *Bato.* Un passo

no he de dar de donde eſtoy.
Rey. Voyme, pues. *Bato.* Id con el diabro.
Vanſe por diſtintas partes, y ſalen Tebandro, viejo, de Villano, Elena, y Lauro ſu hermano.
Teband. Al Rey, hija? ſoy perdido!
ò nunca à caza ſalieras!
ò nunca à la Aurora vieras,
ni al monte huvieras ſalido!
Elena. Pues què importa, dì, ſeñor,
el haver al Rey hablado?
Teband. Tù no ſabes mi cuidado:
tù no ſabes mi dolor.
Lauro. Pues què importa que mi hermana
hablaſſe al Rey? *Teband.* Lauro, calla,
que mi mal remedio no halla,
viendo que la ſoberana
mano del Cielo ha traìdo
mi vida à dolor tan fuerte.
Venga primero la muerte.
Lauro. De què eſtàs tan ſuſpendido?
Teband. Dime, Elena, al Rey dixiſte
eſte ſitio? *Elena.* Si ſeñor.
Teband. Execute ſu rigor
el Cielo! Y le deſcubriſte,
que ſoy tu padre, y que eſtoy
aqui? *Elena.* Si ſeñor.
Teband. Ay, Cielo!
caiga un rayo de eſſe velo,
pues tan deſdichado ſoy!
Lauro. Soſsiega, ſeñor, la pena,
que de tu mal rigoroſo,
en un caſo tan forzoſo
no tuvo la culpa Elena.
Teband. No culpo à tu hermana, Lauro.
Lauro. Hay mas de ſalir de aqui?
Teband. Eſſo què me importa à mì?
nada con eſſo reſtauro:
perdidos ſomos, Elena.
Elena. Pues de què ſuerte, ſeñor?
Teband. Cielos, tan grande rigor!
Lauro. Què te aflige, y te dà pena?
Sale Flora de Villana.
Flora. Un gallardo Cavallero,
hermoſamente veſtido,
à nueſtra Quinta ha venido,
lleva plumage al ſombrero.
Teband. Ay, Lauro, yo ſoy perdido!
ſin duda es aqueſte el Rey:
quièn es? *Flora.* Es un hombre erguido,
tan reſuelto, y tan bizarro,
que ſolo de haverle viſto
vengo de miedo temblando.
Elena. El Rey es. *Flora.* El no ha pedido
licencia, que ya ſe ha entrado.
Sale el Rey.
Rey. Què hay, Elena? *Elena.* Señor mio?
vos à eſte humilde Palacio,
haciendole ſacra esfera?
Teband. Perdido eſtoy! *ap.*
Lauro. Caſo eſtraño! *ap.*
Rey. No os alboroteis, que yo
ſolo vengo para honraros.
Teband. A vueſtros pies, gran ſeñor::-
Elena. A vueſtros pies llega Albano
mi padre. *Rey.* Yo le recibo
con el alma, y con los brazos.
Elena. Tambien Lauro, hermano mio,
llega à vueſtros pies poſtrado.
Lauro. Deme vueſtra Mageſtad *Arrodill.*
ſus Reales pies. *Rey.* Levantaos,
y luego ſin dilacion
procurad de deſpacharos,
que Elena, y vos haveis de ir
à mi Corte, y mi Palacio;
que no es bien que goce el monte
de tanta luz, tantos rayos,
de tanto cielo, tal gloria:
viva en ſu esfera el villano,
no vos, ni Elena, que haceis
à naturaleza agravio.
Teband. Señor::- *Rey.* Què decìs?
Teband. Si puedo
como à mi Rey declararos
la cauſa porque ir no puedo::-
Rey. Còmo no, ſi yo os amparo?
Teband. Decìs bien; pero, ſeñor,
por el ſuelo arrodillado *Arrodillaſe.*
os pido perdon. *Rey.* Què es eſto?
pues de què os ſentìs culpado?
Hablad, de todo os perdono.
Teband. Pues de eſſa palabra fiado,
eſcuchad atentamente, *Levantaſe.*
Marte quinto en sòlio quarto.
Yo ſoy, magnanimo Iberio,
el deſdichado Tebandro,

 no

no Albano, que el padre vueſtro
fue, Rey invicto, mi hermano.
Mi ſobrino ſois, Iberio;
y Elena, que eſtais mirando,
y Lauro, ſon primos vueſtros.

Rey. Vos Tebandro?

Teband. Yo Tebandro.
Yo ſoy aquel monſtruo fiero,
que con la eſpada en la mano
ſujetò los dos Imperios
de Ungrìa fuerte, y Belgrado.
Yo ſoy quien domò los Perſas,
tan altivo, y temerario,
que entrando por Paleſtina
con quarenta mil Polacos,
inundè el Jordàn, haciendo
que ſus criſtales nevados
fueſſen por quarenta dias
de la purpura retrato.
Yo à vueſtro padre, que piſa
campañas de luz, paſſando
las riberas del Danubio,
desbaratado ſu campo,
retirado de los Perſas,
atraveſſado el cavallo,
ſe arrojò ſobervio al rio,
por venir deſeſperado.
Mas yo ſirviendo de eſcolta,
à los promontorios altos
me arrojè, y los enemigos,
balas en mì granizando,
viendo que à ſacar en ombros
iba à mi Rey, y à mi hermano,
los Potentados valientes
al criſtal ſe arrojan, quando
ſobre mis ombros venia
vueſtro antecedente, y dando
à mi baxèl remos vivos,
con eſta mano le alzo
ſobre el rio, y à los dos
con eſtotra les aguardo.
Alcè el eſtoque, ſi bien
el alma toda en los labios,
por ſer el paſſo terrible,
y el campo profundo, y vago,
comencè à blandir mi acero;
pero el un Perſa bizarro,
que ſe me llegò primero,
acometiò por el brazo
donde eſtaba el Rey, mas yo,
broquèl de mi pecho uſando,
y no del ſuyo, en los ombros
le coloco, el brazo alargo,
y de la fuerte melena,
leon ſangriento, le agarro,
y à peſar de ſu altivèz,
que agote bebiendo hago
el pielago: al otro buelvo,
ſu miſmo acero le engaſto,
donde articulando voces,
los eſpiritus dexaron
los cadaveres, y yo
en la arena deſembarco.
Pero vueſtro padre, Iberio,
dando oìdos à Ricardo
(eſſe tirano de Ungria)
diò en perſeguirme, culpando
mi altiva naturaleza,
ſu miſma ſangre manchando.
Una noche, que èl havia
retiradoſe à ſu quarto,
fue forzoſo hablarle yo
ſobre negocios de eſtado.
Y como llave tenia,
al mudo ſilencio aguardo
para informarle mejor
de un negocio grave, y largo.
Abrì la puerta, y eſtaba
en la mexilla la mano,
rindiendo al ſueño tributo;
al entrar tropiezo, y caigo,
y juntamente ſaliòſe
de mi baina (eſtraño caſo!)
la daga; recordò al punto,
el puñal temblando alzo,
y èl deſpavorido, y fiero,
diò voces, diciendo: Octavio,
Ricardo, Guardas, que quiere
darme la muerte Tebandro.
Acudiò Ricardo, y yo
quedè confuſo, y turbado,
ſin ſaber lo que me hacia
con el acero en la mano.
Le digo à voces: Señor,
amigo, padre, y hermano,
detèn la imaginacion.

Y èl resuelto, y temerario,
dixo: Matadle, què haceis?
Yo entonces la espada saco,
y metiendome en las picas,
tanto de mì se espantaron,
que sus invencibles puntas,
si sus dueños no temblaron,
ellas lo hicieron por ellos,
para poder darme passo.
Huì, señor, à estos montes,
donde ocultamente he estado
veinte y seis años: si aora
aqui me ofreces amparo,
sobrino ilustre, y me llevas
entre todos mis contrarios,
que son las fuerzas de Ungrìa,
se levantaràn osados
contra tì, y el Reyno fuerte,
solo mi nombre escuchando,
se ha de convocar al punto;
porque si viven Ricardo,
Octavio, Nero, y Lisipo,
los mayores Potentados,
es fuerza que Rey no seas,
si à Isbela no dàs la mano,
para que contigo reyne,
pues lo dexò decretado
tu padre en su testamento.
Mira, Monarca gallardo,
como à tu sangre podràs
sacar de tantos trabajos,
defender de tal fortuna,
librar de peligros tantos,
amparar tantos sucessos,
sacar de tantos contrarios,
derogar tantos temores;
pues me señalan los hados,
que para tanta fortuna
no basta poder humano.

Rey. Suspensa el alma, el sentido
absorto, y mudos los labios
han quedado de tu historia,
y de escucharte he quedado.
Tebandro, mi sangre eres,
y pues ya te has declarado,
escucha, que aora quiero
atajar todos los daños.
Si yo à la Corte te llevo,
cuerdamente has consultado
con tu claro entendimiento,
que pierdo el Reyno, y te hago
deposito de la muerte.
Si yo buelvo à mi Palacio,
es fuerza casarme luego
con Isbela: imaginarlo
no quiero, porque me ofendo,
y lo tengo por agravio.
Perder à Elena, què necio
pensamiento es un engaño,
que aun èl propio se ha corrido
solamente de pensarlo!
Irme, y dexaros aqui,
y traer à mis vassallos
engañados, con decir
si me caso, ò no me caso,
es una pena de muerte,
es tormento dilatado,
es un engaño sin gusto.
Y fuera de esto, Tebandro,
hallo en la ocasion presente
de quedarme aqui ocultado
un bien, que aora dirè.
Ludovico, al fin bastardo,
de traidor tomando el nombre,
pretende el Laurèl: Ricardo,
y otros traidores le ayudan:
todos juntos convocados
me quisieron dar la muerte,
y con la vida he escapado,
por aviso que oy me diò
el Condestable, vassallo
de mi casa, y de mi sangre.
Demàs de esto, decretado
mi padre en su testamento
dexò, que diesse la mano
à Isbela, y yo la aborrezco,
de modo, que son dos casos
terribles, mi hermano fuerte,
y sobre todo el estado
de mi vida, y el peligro
que llevo, si este tirano
sabe si buelvo à mi Corte;
porque si estàn convocados
mis vassallos, soy perdido:
de Isbela el pecho bizarro
està loca en el quererme,

y si con ella no caso,
pierdo à Ungrìa, y sobre todo
adoro à Elena; yo hallo
por mejor, dexar el Reyno
à que le goce un bastardo
como Ludovico, que es,
como tù sabes, mi hermano,
y vivir en estos montes
hasta vèr estos tiranos,
ò con nuevos successores,
ò à la tierra tributarios.
Porque todos los Imperios
con Elena comparados,
son como echar de la arena
en el Mar un solo grano,
un poco de agua en su escollo,
un Lucero de su manto
de Estrellas, un soplo al viento;
porque hay diferencia, quanto
de las tinieblas al dia,
de la tierra al velo sacro,
de la noche al Alva hermosa.
Y tengo por menos daño,
quitar al laurèl el gusto,
y al alma su esfera, y dando
de mano aquestos discursos,
dexo el Cetro por arado,
dexo un Reyno por un monte,
dexo el Sòlio por el campo,
dexo el ser Rey por Pastor,
solo para examinarlo;
que buen Rey nadie lo ha sido
si no ha tomado el cayado.
Este es mi gusto, ninguno
me replique: esta es mi mano,
Elena, Paris no soy,
sino tu esposo, que ha hallado
vida en tu vista, en tus ojos
regalo, gloria, y descanso:
porque mas quiero contigo
ser un humilde villano,
que cinco Reynos, ni Imperios,
que sin gusto todo es falso.

Teband. Sobrino, repara::- *Elena.* Esposo,
advierte::- *Rey.* Si te he escuchado
esposo, què Reyno pierdo?

Teband. Mirad::- *Rey.* Todo lo he mirado.

Teband. Buelve à mirar, que te pones
à un riesgo. *Rey.* Què riesgo, Albano?

Teband. No te quiero replicar.

Rey. Pienso que serà escusado.

Elena. El Reyno dexas por mì?

Rey. Què Reyno, si en tì lo gano?

Elena. Quièn gozo de tanta dicha?

Rey. Quièn gozò de bienes tantos?

Elena. Tu esclava soy, dueño mio.

Rey. Yo, dulce esposa, tu esclavo.

JORNADA SEGUNDA.

Dentro. Viva el fuerte Ludovico,
Rey de Polonia, y Ungrìa,
Monarca de los dos Polos:
Ludovico viva, viva. *Caxas, y Clarines.*

Descubrese sentado en un Trono Ludovico con insignias Reales, y salen por un lado el Condestable, el Duque, y acompañamiento, y por el otro Isbela de luto, y Damas.

Cond. Principe valeroso, y Rey de Ungrìa,
por la muerte de Iberio desdichada:
ya, Monarca del Orbe, llegò el dia
de toda la nobleza deseada:
tres años ha, que està la Monarquìa
entre civiles guerras abrasada,
y la pretension de esta Corona
la ponen por decreto à tu persona.
Muriò tu hermano en la velòz carrera
del Danubio, queriendole atrevido
sobre un cavallo vadear su esfera,
donde jamàs hasta oy ha parecido:
pues saliendo el cavallo à la ribera,
tributario sin duda el Rey ha sido
del campo azul, del pielago salado,
ò la tierra en su centro le ha ocultado.
Los nobles viendo de tan gran fortuna
la suerte que abortò contraria estrella,
à pesar de la plebe, que importuna
no quiso darte la Corona bella,
nobleza, y plebe en una voz, en una
conformidad, que el odio se atropella,
debaxo de tu trono soberano
te vienen todos à besar la mano.

Lud. Nobles de mi Corona, sabe el Cielo
quanto siento la muerte de mi hermano,
que

que no el ſacro laurèl me dà conſuelo,
pues no me precio yo de ſer tirano:
pero ſi de la paz es eſte zelo,
por decreto del Cielo ſoberano,
el cargo acepto, y ceſſarà la guerra,
que tiene deſtruìda aqueſta tierra.
Solo falta que Isbela olvide el llanto,
y ocupe del Imperio la grandeza;
pues ya mi hermano en el celeſte manto
Auroras piſa de mayor belleza:
y pues eſto à la paz importa tanto,
pues ella eſtà preſente, y la nobleza
de todo el Reyno, diga, pues es juſto,
lo que le dicta el corazon, y el guſto.
Isbela. Es tanto mi dolor, Rey valeroſo,
y el ſentimiẽto de tu muerto hermano,
que aunque parece caſo rigoroſo,
al Rey del mundo no darè la mano:
govierna de tu Trono poderoſo
el uno, y otro Polo ſoberano,
que yo llorando acabarè la vida,
pues dicha me ſerà verla perdida.
Duque. Ocupòle el dolor, y el velo echado
ſirve de nube al Sol de ſu luz pura.
Ludov. Valeroſa muger, Duque Conrado.
Duque. Iguala ſu firmeza à ſu hermoſura.
Ludov. El triunfo ſe proſiga deſeado.
Duque. El amor de tu Reyno te aſſegura.
Lud. Mueſtras ha dado aqui de ſu alegrìa.
Dent. Viva el grã Ludovico Rey de Ungrìa.
Vanſe, y ſalen el Rey de Paſtor por una parte, y por otra Elena.
Rey. Aurora, quieres ſalir?
Elena. Y tù, Sol, formas el dia?
Rey. Yo ſin tì, còmo podia?
Elena. Eſſo yo lo he de decir.
Rey. Mas què ſe quexa el zafir?
Elena. El Orbe ſe quexarà.
Rey. Acaba, Aurora. *Elena.* Serà,
ſi tù formas el Oriente.
Rey. Mas que me voy à Occidente?
Elena. Si yo ſalgo, el Sol no irà.
Rey. Dulciſsima prenda mia.
Elena. Querido eſpoſo, y ſeñor,
tù ſin mì tanto rigor?
Rey. Por tu vida, que venia
mirando eſſa fuente fria,
cuyo criſtal deſpeñado
inunda todo eſte prado,
y que al punto que te vì,
todo eſſe mundo corrì,
alas haciendo el cuidado.
Quando de caſa ſalì,
en el valle me quedè;
porque ſin tì no me hallè,
que eſtaba fuera de mì:
ſi el Alva del Cielo vì,
al punto ſe obſcureciò,
nube denſa la cubriò,
mas fueron vanos enojos,
porque el Alva de tus ojos,
ſobre el Alva amaneciò.
Los pajaros ſe ſentaron
trinando la voz al viento,
y en uno, y otro elemento
tu grandeza contemplaron:
las roſas ſe imaginaron
ſer eternas en colores,
y preguntando las flores,
quièn tanta beldad nos diò?
un Ruiſeñor reſpondiò:
la Dioſa de los amores.
Si era Venus, ò Diana,
dixeron; y èl amoroſo,
puliendo el pico gracioſo,
dixo: Elena ſoberana:
pero fue en ellas tan vana
la palabra, y el intento,
que entre el gozo, y el contento,
viendoſe lucir tan bellas,
ſe imaginaron Eſtrellas
baxadas del Firmamento.
Contra el curſo natural
un arroyo ſe detuvo,
y como el agua no anduvo,
fue para mì de criſtal:
al traſparente raudal
le dixo un laurèl conſtante:
por què no paſſas delante?
y èl entonces reſpondiò:
còmo puedo paſſar yo,
ſi ſoy de Elena diamante?
Para què puente has de hacer?
dixo un cinamomo hermoſo;
y èl hecho un arco dichoſo,
quiſo ſu daño vencer;

ſi yo he mudado de ſer,
es, porque ſi ha de paſſar
el Alva, el yelo mudar
en diamante es acertado,
que aunque ſoy criſtal nevado,
no quiero el ſuyo manchar.
Elena. Yo, que à buſcarte ſalì,
tan otra ſalì à buſcarte,
què con el guſto de hallarte,
en mì miſma me perdì:
la viſta à un alamo dì,
y una Paloma ſaliò,
dixome (callando hablò)
que te ciega tu deſtino,
porque has errado el camino,
y quiero enſeñarte yo.
Bolò, y en eſta ribera
de eſſe criſtalino arroyo,
formè de la arena un poyo,
aguardando que viniera:
ſubiòſe, en fin, à ſu esfera,
y como ſe remontò,
hice conſecuencia yo,
viendola al Cielo bolar,
ya en el llano no he de hallar
quien el alma me llevò:
Y fue aſsi, porque al ſubir
eſta montaña, mi bien,
el Sol me diò el parabien,
pues te quiſo competir:
puſoſe el agua à reir
de verme tan ſin ſoſsiego,
yo le dixe amores luego:
no te burles, blanca plata,
que ſi eres por yelo ingrata,
tambien te derrite el fuego.

Sale Tebandro.

Teband. En vueſtra buſca he venido
deſde eſſa excelſa montaña,
que es liſonja de los vientos,
primera copa del Alva,
canſado, y perdido (ay triſte!)
Rey. Y de què es congoja tanta?
Teband. Sabràs, ſobrino::- *Rey.* Ay de mì!
què temes, y te acobardas?
Elena. Es Rey Ludovico? *Teband.* Si,
ya de la Corona ſacra
tomò ayer la veſtidura.
Rey. Pues bien, Tebandro, què falta?
es mas de que mi Laurèl
en un baſtardo ſe paſſa,
y que los nobles por Rey
en Belgrado lo declaran?
que es ſeñor de mi Corona,
que todos mis Reynos manda,
que es dueño de mis Imperios,
y de lo que yo Monarca?
Es mas de eſto? *Teband.* No ſeñor.
Rey. Todo ſin Elena es nada,
todo con ella ſon Reynos,
todo ſin ella me falta,
todo con ella me ſobra,
todo ſin ella me acaba.
No te alegras con dos nietos,
que es propia riſa del Alva,
y que es nueſtra ſangre junta,
para gloria de tus canas?
Parece, Elena, que eſtàs
con triſteza. *Elena.* Por què cauſa,
ſi aqui te tengo preſente?
Teband. De lo que ſe alegra el alma
es de que muriò Ricardo.
Rey. Muriò eſſe monſtruo? pues baſta
para que cobre mi Imperio.
Teband. Cumpla el Cielo tu eſperanza.
Sale Bato. Juro à Dios, villano vil,
Montero de mala caſta,
padraſtro de los conejos,
y de los ciervos guadaña,
que ſi la honda deſciño::-
Rey. Bato, què es eſto? *Bato.* No es nada,
un Montero del infierno,
que en eſſe ribazo eſtaba,
dice, que eſpantò el rebaño
un venado, à quien tiraba
Ludovico, que ha venido
à cazar eſta mañana
por eſtas ſierras, y montes.
Apuntò al manſo, y tal anſia
me diò, que à no ſer de fuego
el arma con que apuntaba,
al fin, arma de gallina,
yo sè que allà ſe llevàra
por almuerzo un torozon,
mendrugo de eſtas montañas.
Rey. Elena, y Tebandro, en eſſe

prado lleno de esmeraldas,
salpicado de rubies,
y de mosquetas de nacar,
quiero que espereis, en tanto,
que yo penetro la estancia
de este olimpo, porque quiero
vèr à mi hermano la cara,
y mudarme otro vestido,
porque ha de ser esta traza
remedio à mi pensamiento.

Elena. Esposo, mi bien, no hagas
semejante atrevimiento.

Teband. Sobrino, Iberio::- *Rey.* La caza
es un encanto, que llena
el espiritu, y el alma.
Yo à Ludovico he de vèr
à solas en la campaña,
y saber su pensamiento:
no me repliqueis palabra,
que esto ha de ser. *Elena.* Dulce esposo:-

Rey. Què temes, Elena amada?
sabes quien soy? *Elena.* Ya lo sè.

Rey. Pues seguramente aguarda.

Elena. Si, pero Isbela::- *Rey.* Estàs loca?

Elena. Si viene con èl? *Rey.* No hagas
aquesse agravio à mi amor. *Vase.*

Elena. Recelos llevo en el alma. *Vanse.*

Sale Ludovico de caza solo.

Ludov. Que del venablo herido,
entre este laberinto divertido
de juncias, y espadañas,
guarnicion de estas asperas montañas,
se metiesse el venado!
corrido me ha dexado.
Pero dònde he venido,
que siguiendo esta fiera, divertido
en la mayor maleza,
que tiene esta aspereza,
mi engaño me ha dexado
terriblemente de sobervia armado?
Es este olimpo fiero,
y aunque bolverme quiero,
pienso que serà en vano:
acuerdome, por Dios, de q̃ mi hermano
se perdiò de esta suerte,
y que otro caso tal le diò la muerte.
Que tanto me cebasse
en el bruto cruel, que me llevasse
mi barbaro destino
à perder de las huellas el camino!
Confiesso que he tenido
pavor de haver venido
à parte semejante.
Este monte gigante,
que se mueve parece,
pero la rama toda se estremece,
y de un lado ha salido
un bruto, de unas pieles guarnecido.

Sale el Rey vestido de pieles.

Rey. Ludovico? Ludovico?

Ludov. Què he escuchado!
quièn mi nombre ha llamado?

Rey. Aquel que te ha seguido,
y el que à solas hablarte ha pretendido.
Conocesme? *Ludov.* Què veo!
si el corazon me engaña, ò el deseo?
Dividido el cabello,
à parte todo el bello,
y las pieles quitadas,
las acciones de toscas apartadas,
ni el color tan adusto,
el cuerpo menos alto, y mas robusto,
no tostadas las manos,
los ojos mas humanos,
mas grave la hermosura,
quitada de la barba la espesura,
sin el tronco en la mano,
dirè que eres trassunto de mi hermano.

Rey. El mismo soy. *Ludov.* Què escucho!
entre mi vida lucho.
Conocesme? *Rey.* Quitado
el Cetro à parte, la Corona à un lado,
no tan vano, y furioso,
mas blando, y mas piadoso,
del dosèl no adornado,
de menos guarda el cuerpo rodeado,
con menos señorìo,
mas llano, y mas sujeto el alvedrìo,
del sòlio no admitido,
menos mirado, y menos aplaudido,
dirè, y es caso llano, (mano.
q̃ Infante eres de Ungrìa, y yo tu her-

Ludov. Considerando aora
lo que el sentido ignora,
quando te viò primero,
mirandote grossero,

re-

resuelto, y atrevido,
en fiera, que no en hombre, convertido,
de indòmito salvage
el siempre tosco trage,
las palabras airadas,
tus cenizas al tiempo sepultadas,
ya borrada tu historia,
perdida de tu nombre la memoria,
difunta tu persona,
à los pies derribada tu Corona,
dirè que eres, villano,
horror del aire, ò Magico tirano.

Rey. Conociendo tu intento,
sabido de tu boca el pensamiento,
que por esso he venido
à buscarte, tirano, en tanto olvido.
Si de intento no mudas,
y à tu hermano no ayudas,
que soy yo, que he dexado
al Reyno por un caso desgraciado.
Si de traidor el nombre
tomas, harè que assombre
al mundo mi castigo.
Tù en mi presencia, barbaro enemigo,
te atreves à mirarme,
sin que las plantas vengas à besarme?
Sabes que soy Iberio,
à quien el Orbe todo es corto Imperio,
cuya fuerte cuchilla
fue del Tànais octava maravilla,
quando de sus riberas
salpicando las sacras vidrieras,
de Tartaros, y Persas,
las cabezas diversas,
tantas al agua dieron,
que de puente al Exercito sirvieron?
Sabes que soy de Ungrìa,
y de Polonia Rey, el que en Turquìa
tanto rojo turbante
desbaratè sobervio, y arrogante,
que el Eufrates caliente
de tanto rosiclèr en su corriente
tanto à aumentarse vino,
que pajaro velòz à su destino,
aun en la Mar estaba,
y en purpura caliente se lavaba?
Què me miras, villano?
sabes que soy tu hermano,
el que con sus Vanderas,
del Tigris sujetando las riberas,
seis meses salpicando sus cristales,
se alimentaron todos de corales,
y no huvo ningun dia,
que no sorbiesse su corriente fria
cadaveres de suerte,
que de cansada se ausentò la muerte?
Pues còmo à mi persona
te atreves à quitarle la Corona?
A mi laurèl gallardo
quieres anteponerte? dì, bastardo,
loco desvanecido:
Iberio vive, y de valor ceñido:
tù con tanta osadìa?
Mirame bien, Infante: el Rey de Ungrìa
es el que à verte viene, *(Vase.*
y el que à quitarte el Reyno se previene.

Ludov. Quitarète la vida.
Aguarda, horror, y sombra desasida:
metiòse en la espesura:
terrible confusion, y desventura!

Salen el Duque, y Octavio.

Octav. En busca tuya he venido
yo, y el Duque: pues, señor,
tan airada tù la vista?
demudada la color?
què tienes? *Ludov.* O sombra fiera!
Condestable? *Octav.* Gran señor?

Ludov. Recojanse los Monteros.

Octav. Què has visto?

Ludov. Nada: un horror,
una sombra que se puso
fuerte à la imaginacion,
un espanto, un desatino,
un pensamiento, un rigor;
dirè que à mi hermano vì,
que le he hablado, y que me hablò.

Duque. Essos, señor, son engaños,
que nacen de admiracion
de aquel que assi se imagina.

Ludov. Mi hermano à mì? vive Dios:

Octav. Sossiegate, que no es justo,
que un pensamiento velòz,
una aparente verdad,
que nace del corazon,
y se forma del sentido,
te haya causado pavor.

Ludov.

Ludov. Dices bien ; pero yo vì::-
(terrible imaginacion !)
mas dexemos los discursos:
lleno voy de confusion. *Vanse.*

Salen el Rey , Bato , y Elena.

Elena. Què dices , esposo amado ?
Rey. Asi el bastardo me hablò;
pero aunque me conociò
en el trage disfrazado,
conocì su pensamiento.
Elena. Sin duda ha de ser tirano?
Rey. Es bastardo , aunque mi hermano.
Elena. Sosiega el entendimiento.
Rey. Con Bato quiero quedarme:
vè , y llama , querida esposa,
à tu padre , que el consejo
ha de ser la dicha aora
del sucesso. *Elena.* Voy , mi bien. *Vase.*
Rey. Vèn acà , Bato , las cosas
que tiene un hombre à su cargo,
son vigilantes antorchas,
que le alumbran , y le alientan.
Yo tengo de tu persona
bastante satisfaccion
para fiarte una cosa,
que en ella estriva un secreto
de grande importancia. *Bato.* Honras
mi humildad , en que te sirvo;
que desde el instante , y hora,
que perdido preguntaste
donde estaba mi señora,
que eras mi amo notè.
Rey. Bato , que lleves importa
este papel à Palacio.
Bato. A Palacio ? estraña cosa !
Rey. Si , Bato , y le has de poner
en mano de Isbela aora,
sin que falte diligencia.
Bato. Quièn es Isbela? *Rey.* La Aurora
de este Reyno , el Sol de Ungria,
de todo este globo antorcha
luciente , y prima del Rey.
Bato. Aun teneis en la memoria
aquella lengua del diablo,
cuyo autor es ella propia,
pues ella sola se entiende ?
Rey. Mira , Bato , que me importa,
que sino fuere à su Alteza,
no le dès à otra persona.
Y si preguntàre quièn
te diò el papel::- *Bato.* Es forzosa
esta respuesta ? Por Dios,
muessamo , que en estas cosas
pareces de los Batuecas.
Rey. Muy discreto le respondas,
que un ganadero , que habita
en esta Quinta. *Bato.* Ya toda
la leccion llevo estudiada:
Alteza , Isbela , y antorcha;
no teneis que me decir,
venga , pues , la carta.
Rey. Toma. *Dale una carta.*
Bato. Queda con Dios. *Rey.* El te guarde.
Bato. Ha , sì , digo , essa señora,
còmo dices que se llama ?
Rey. Isbela , bestia. *Bato.* Las cosas,
que dices que importan tanto,
han menester gran memoria:
à Dios. *Rey.* Diligencia , Bato.
Bato. Decisme tantas tramoyas,
como Isbela , Alteza , Quinta,
Labrador , papel , y antorcha,
que me traes loco , por Dios,
y es hablarme en gerigonza. *Vanse.*

Salen Ludovico , el Duque , y el Condestable con unos Memoriales.

Condest. Bien puede tu Magestad
consultar los Memoriales,
que hay muchos que despachar.
Ludov. Es muy bueno , Condestable,
que estando yo divertido
en cosas particulares
de mi gusto , vos preciado
de consejo vigilante,
me perturbeis lo que quiero?
Condest. Yo debo asi aconsejarte.
Ludov. Los negocios que traeis,
si son cosas importantes,
los verè quando quisiere.
Condest. Señor::-
Ludov. Basta , pues , dexadme.
Condest. No los consulteis. *Ludov.* Aora
los quiero vèr. *Condest.* Què arrogante!
Ludov. Leed.
Lee el Condest. Fernando , Soldado,
dice sirviò à vuestro padre,

y à vueſtro hermano en la guerra
contra los Turcos alfanges,
y que ſabe el mundo::- *Ludov.* Bien,
dexad eſſo, id adelante.
Condeſt. Perdiò una pierna en la guerra.
Ludov. Si la perdiò, con mudarſe
à otra frontera, la otra
podrà ſer que ſe la igualen:
hay otra coſa? *Condeſt.* Què cruel! *ap.*
Socorro ha pedido Albante,
apretado del Francès.
Ludov. Socorro pide el cobarde?
rindaſe, ò muera, que aſsi
harà ſu nombre admirable.
Condeſt. Lisba, viuda pobre, pide:
Fue ſu eſpoſo el mas notable
Soldado, que tuvo el Orbe:
pide::- *Ludov.* Decid que ſe caſe,
y que no buſque marido
como el primero, pues ſabe,
que de hazañas del paſſado
ſolo ha ſacado el canſarſe.
Condeſt. Y ſi caſarſe no quiere?
Ludov. Que le venda à algun cobarde
las hazañas del difunto.
Condeſt. Ella pide::- *Ludov.* Es enfadarme.
Condeſt. Señor, Conſtantin de Uliſes,
dice, que forzò Ricarte
à ſu hija; eſcalò ſu caſa,
tienele preſo en la carcel,
es pobre, y Ricarte es rico;
pero no quiere caſarſe
con ella. *Ludov.* Que ſalga libre,
que no es caſo diſculpable
el decir que la forzò;
porque en ſemejante lance
no tiene poder el guſto,
ſin primero conformarſe.
Condeſt. Isbela ſu Alteza, pide::-
Ludov. Què pide? *Condeſt.* Fiero ſemblante!
Licencia para ſer Monja,
pues que no puede caſarſe.
Ludov. Còmo no, ſiendo yo vivo?
romperè los Memoriales,
que venìs muy enfadoſo:
Isbela Monja? *Condeſt.* Ya ſabes
quanto ha ſentido la muerte
de tu hermano. *Ludov.* Bien, què partes
tuvo mi hermano mejores?
yo harè que conmigo caſe,
ò le quitarè la vida.
Condeſt. Eſſo es un error notable.
Ludov. Sois un necio: ya os he dicho,
que dexeis de aconſejarme,
que ſi me enojo con vos,
harè que de un buelo baxe
vueſtra cabeza à mis pies.
Condeſt. Vueſtra Mageſtad me trate
como à quien ſoy.
Ludov. Quièn ſois vos?
Condeſt. Soy, ſeñor, el Condeſtable,
y vueſtro hermano ſe honrò
de tener mi noble ſangre.
Ludov. Yo me deshonro con ella.
Condeſt. Reparo, que eſtàn delante
los nobles, y que diràn::-
Ludov. Diràn, que ſois un cobarde,
un caduco, un viejo loco,
un ſobervio, un intratable,
un villano, un atrevido,
y ſobre todo un infame:
vos la daga para mì?
Condeſt. Vueſtra Mageſtad repare::-
Ludov. Què he de reparar? *Condeſt.* Señor::-
Ludov. Vive Dios, que he de matarle.
Sale Isbela. Primo, ſeñor, pues aſsi
tratas al gran Condeſtable
de Ungria, y Polonia? Es bien,
que ſus canas venerables,
de quien mi primo ſe honrò,
y mi tio, y vueſtro Padre,
eſtèn por vos de eſſa ſuerte?
Ludov. Baſte, Isbela, baſte, baſte
el atrevimiento vueſtro:
vos en eſſos Memoriales
pedìs que licencia os dè
para ſer Monja: ſi ſabe
el mundo, que ſois mi eſpoſa,
por lo primo, y por lo amante,
por lo Rey, por lo ſeñor,
y juntamente por ſangre,
vos deſpreciais mis favores?
Isbela. Vueſtra Mageſtad me hace
en eſſo favor mas noble;
pero yo no he de caſarme,
ò ſobre eſſo he de perder

la

la vida. *Ludov.* Sabrè cortarte
las alas, que ſobre el viento
deſvanecida te traen:
mi hermano acaſo igualòme?
Isbela. Bien ſerà que te repares.
Ludov. Fue mejor mi hermano?
Isbela. Advierte::-
Ludov. Què he de advertir?
Condeſt. Fuerte lance! *ap.*
Isbela. Que fue tu amigo. *Duque.* Señor,
tratar mal al Condeſtable,
à tu hermano, à Isbela, y luego
derogar ſervicios tales,
hablar deſabridamente,
ya ſon cauſas muy baſtantes
para quexarſe. *Ludov.* Pues, Duque,
vos tambien venìs à hablarme
contra mi guſto? La ira
ya por ſus venas ſe eſparce.
Por mi corona, que aquel,
que en algo me aconſejàre
en contra de lo que guſto,
que yo miſmo he de matarle
con la viſta ſolamente;
que para vaſſallos tales
no es meneſter el acero:
un bolcàn mi pecho parte! *Vaſe.*
Isbela. O monſtruo, fiero traidor!
Condeſt. O tirano! *Duque.* Condeſtable,
la venganza de eſta injuria
no pide el caſtigo tarde.
Condeſt. Morirà, viven los Cielos.
Duque. Beberè ſu propia ſangre.
Condeſt. De un baſtardo tanta afrenta!
Duque. De un tirano agravios tales!
Condeſt. Vengarème, vive el Cielo:
Duque excelſo? *Duque.* Condeſtable?
Condeſt. Muera Ludovico. *Duque.* Muera.
Condeſt. Baxe al ſuelo luego. *Duque.* Baxe.
Condeſt. Horror ſea. *Duque.* Y ſombra ſea,
haſta que ſea cadaver.

Sale Bato con una carta.

Bato. Ni sè por donde me vò,
ni sè por donde me he entrado,
ni sè en fin donde he llegado,
ni tampoco donde eſtò.
Isbela, antorcha, y Alteza,
dònde la tengo de hallar?
aqui quiero preguntar:
mal parece la baxeza
de un Paſtor en un Palacio.
Isbela. Què quiere eſſe labrador?
Condeſt. Por quièn preguntais? *Bato.* Señor,
embiòme, y no de eſpacio,
mi amo à la Corte à dar
à una Alteza eſta que veis,
y eſta mañana à las ſeis
he venido à preguntar
por ſu dueño, y nadie ha havido,
que no ſe burle de mì.
Condeſt. Alteza ſe llama? *Bato.* Si,
y antorcha tambien. *Duque.* Perdido
venìs: antorcha, y Alteza?
Bato. Si ſeñor. *Condeſt.* Simpleza eſtraña.
Bato. Otro nombre le acompaña.
Condeſt. Y es? *Duque.* Notable ruſtiqueza.
Bato. Isbela. *Condeſt.* Su Alteza? *Bato.* Si.
Condeſt. Y quièn la carta os ha dado?
Bato. Un amo que Dios me ha dado,
y que me ha embiado aqui
à ſolo eſta carta dar
à eſſa tres veces muger;
y bien pudiera ſaber,
que ſo un aſno, y embiar
hombre, que con ſotileza
hablàra. *Duque.* Caſo notable!
Isbela. Què hombre es eſſe, Condeſtable?
Condeſt. Carta trae à vueſtra Alteza.
Duque. Moſtrad.
Bato. Darſela he en ſu mano,
que à nadie la puedo dar.
Condeſt. Bien podeis luego llegar:
malicioſo es el Villano;
à nadie darla ha querido.
Isbela. Carta à mì? quièn os la ha dado?
Bato. Es de un ganadero honrado,
de quien yo criado he ſido,
que vive cerca de aqui. *Dale la carta.*
Isbela. Moſtrad, pues: valgame Dios!
Bato. Si os llamais antorcha vos.
Condeſt. De què te turbas aſsi?
Isbela. De eſta carta. *Bato.* Què le ha dado,
que eſtà de marmol veſtida?
Isbela. La letra es bien conocida:
abro, y leo. Yo he llegado *Lee.*
de Jeruſalèn aora,

y en el camino he ſabido,
que por Rey eſtà elegido
mi hermano: el alma te adora;
tu Rey ſoy, y es caſo llano,
que havrè de cobrar mi Imperio:
ſi quiſiſte bien à Iberio,
vèn ſiguiendo à eſſe Villano.
Condeſt. Què es lo que dices, ſeñora?
Isbela. Hombre, ò Angel, dònde eſtà
el Rey Iberio? *Bato.* Arre allà:
quereiſme burlar aora?
què Rey, ni què calabaza?
Isbela. Quièn eſta carta te diò?
Bato. Un hombre, à quien ſirvo yo.
Isbela. Eſſe es el Rey. *Bato.* Linda traza!
Rey el otro? eſtais en vos?
Condeſt. El Rey es, Paſtor amigo.
Bato. Burlaros quereis conmigo:
que no es el Rey, juro à Dios.
Condeſt. La carta no ſe deſdice.
Isbela. No hay duda, èl es, Condeſtable.
Condeſt. Raro ſuceſſo! *Duque.* Admirable.
Isbela. La letra claro lo dice:
hay ſuceſſo ſemejante?
loca de contento eſtoy!
eſta cadena te doy. *Dale una cadena.*
Condeſt. Yo tambien eſte diamante.
Duque. Yo eſta vanda. *Bato.* Si ſeñora,
el Rey es, no hay que dudar.
Isbela. Otra, pues, te quiero dar:
que es el Rey? *Bato.* Hicelo aora.
Isbela. Condeſtable, lo que à mì
me parece es importante,
es que te vayas delante;
porque ſi falto de aqui,
puede ſer que eſte tirano
te ponga à rieſgo la vida.
Condeſt. La ſuya verà perdida.
Bato. So malicioſo Villano: *ap.*
guardo las joyas que entiendo,
que me las quieren quitar.
Isbela. No hay, Conde, mas que aguardar.
Condeſt. Servirte en todo pretendo.
Isbela. Viva Iberio, Condeſtable,
à peſar de eſte tirano.
Condeſt. Rey es, ſeñora, ſu hermano.
Duque. Feliz ſuceſſo. *Isbela.* Admirable.
Condeſt. Quedate con Dios, ſeñora.
Bato. Haveis de ir conmigo? *Condeſt.* Si.
Bato. De eſta vez le llevo aqui
cadena, y diamante à Flora. *Vanſe.*
Salen el Rey, y Tebandro.
Teband. Has hecho una coſa, Iberio,
que dudo que ſalga el Alva
con el guſto que deſeas.
A Isbela eſcribiſte carta?
Rey. Fue forzoſo. *Teband.* Y ſi ella viene,
fue muger enamorada,
poderoſa, y atrevida,
viendo ſu ſuerte burlada,
què has de hacer? *Rey.* Dexame à mì,
ſeñor, el modo, y la traza,
que yo sè lo que me importa.
Teband. Y Elena? *Rey.* No ſepa nada,
que un atomo de diſguſto,
ſeñor, no pretendo darla.
Sale Elena. Mi bien? *Rey.* Elena?
Elena. Eſtà Flora,
porque ſu Bato le falta,
afligida, y viene à vèr
ſi tù ſabes de eſta cauſa
alguna coſa. *Sale Flora.*
Flora. Señor,
Bato deſde eſta mañana
ha faltado de la Quinta:
yo he corrido la montaña,
y eſtuve en puntos::- *Rey.* Mi Flora,
Bato no eſtà en la cabaña;
pero ſi ſois Menga vos,
ſoſſegad, dexad las anſias,
que no ſe auſentò por zelos.
Flora. Con eſſo eſtò conſolada:
deme à Dios, que de aborrida
de una encina quitè::- *Sale Bato.*
Bato. Aparta,
ſeñor, que vengo perdido.
Rey. Soſsiegate. *Bato.* A la garganta
las palabras ſe me pegan.
Teband. Grande mal!
Elena. Deſdicha eſtraña!
Rey. Diſte el papel? què hay de nuevo?
faltò toda mi eſperanza!
què dices? *Bato.* Que fui à la Corte,
à antorcha le dì la carta.
Rey. Què antorcha? *Bato.* A Isbela digo:
tomòla, y atribulada

me dixo, que eras el Rey;
y con gran secreto llama
à un Deteſtable, que es
un Grande, y que venga manda
conmigo, y aqui le tienes.
Mira què Rey, ni què albarda
eres tù: yo sò perdido;
èl entra, dile que eſtaba
con los aſſomos de vino,
que tomè por la mañana,
que aquella carta me diſte.
Elena. Eſpoſo? *Rey.* No es eſto nada.
Sale el Condeſtable.
Condeſt. Quièn es dueño de eſta Quinta?
Bato. El me cuelga de una haya. *ap.*
Rey. Yo ſoy. *Condeſt.* Valganme los Cielos!
què es lo que miro? ya baſtan
las ſeñas. Rey poderoſo,
Iberio iluſtre::- *Bato.* No es nada;
juro à Dios, que eſtà borracho.
Flora. Rey le dice?
Condeſt. A vueſtras plantas *Arrodillaſe.*
teneis::- *Rey.* Condeſtable amigo?
Flora. Rey le dice? *Bato.* Rey le llama.
Rey. Oye. *Elena.* Señor::-
Rey. Nadie quede
en eſte quarto. *Elena.* A eſta quadra
me retiro, que he de oir *ap.*
todo quanto los dos tratan.
Bato. Flora, mueſſamo era Rey.
Flora. Què dices? *Bato.* No hablo palabra.
Vanſe, y quedan los dos ſolos.
Condeſt. Pues, ſeñor, en eſta Quinta?
què olvido es eſte? què cauta
haveis tenido? *Rey.* Pariente,
mi conſejo, mi privanza,
mi amigo, padre::- *Condeſt.* Señor?
Rey. Leyò Isbela mi carta?
Condeſt. Si ſeñor. *Rey.* Pues oye aora,
veràs, amigo del alma.
Tres años ha, valiente Condeſtable,
q̃ antes q̃ el Sol formaſſe blanco Oriente,
ſalì à cazar la coſa mas notable,
que el Sol bañò de luz eſte Occidente:
al punto que el candor con riſa afable
corona de criſtal le diò à ſu frente,
bordandoſe de nacar ſu alegria,
neutral la noche, y ſin color el dia,
me vide en eſte monte, Conde amigo;
y dexando mi gente deſcuidada,
à mì miſmo ſirviendo de teſtigo,
quiſe medir de un Valle la llanada:
entre luz, y tinieblas, como digo,
divisè en una peña recoſtada,
ſino era nube, el Auſtro parecia,
y poco à poco el Alva ſe venia.
Lleguè mas cerca, una muger diviſo,
que al Sol quiſo hoſpedar en èl bañada,
y por pagarle con grandeza, quiſo
que le fueſſe la gloria dilatada:
pero como la luz no daba aviſo,
y ſi la daba, era la luz preſtada,
el Sol por gozar de èl, mas atrevido,
cerrò la llave, y le labrò el ſentido.
Tardabaſe la luz del Alva hermoſa,
como ſi ya eſtuviera en el Ocaſo,
y dice, viendo alli ſu luz dichoſa,
al Sol le ha ſucedido algun fracaſo:
mas mira, amigo Conde, què engañoſa
era mi idèa en ſemejante caſo;
porque al paſſo que el Sol luz arrojaba,
eſta deidad conſigo la ocultaba.
Columna de criſtal el brazo era,
de la mexilla baſa criſtalina,
y en exes cinco rematò ſu esfera,
la perfeccion mas rara, y peregrina:
no vì de flor rocìo à quien dixera,
que eſtaba ſin color la clavellina;
mas como eſte prodigio la robaba,
eſponja de los Aſtros la juzgaba.
Como eſtaba en la peña colocado
al Sol el roſiclèr de ſu luz pura,
à tener el acero levantado,
Querubin parecia en la poſtura:
mas como eſtaba el brazo en arco armado,
de paz aſſegurando ſu hermoſura,
como no recordaba el miſmo dia,
aſſerico de Febo parecia.
Al ruido de una fuente, que baxaba
con mas rigor que nieve, fue forzoſo
rebolver de la esfera donde eſtaba
un Polo ſolo de ſu aſsiento hermoſo:
abriòſe el Cielo, el campo ſe bordaba,
y ſacudiendo aſsi lo perezoſo,
à globos repartiò los reſplandores,
paſſando por Planetas los temores.
Quan-

Quando el Sol à ſu ſalvo diſpertado
quiſo ſalir, porque antes no podia,
que ſi el mobil no rige lo ſagrado,
paràraſe la ſacra Monarquìa:
mirò eſta Aurora à uno, y otro lado,
la conſecuencia es clara, ella querìa,
porque el farol le vieſſe por un rato,
darle los eſperezos de barato.
Baxò deſde la peña al verde llano,
no con el fin que ſe mirò Faetonte,
y los criſtales de ſu blanca mano
fueron ſembrando copos por el monte:
Conde, no ſoy Apeles ſoberano,
lo que he pintado ha ſido de Orizonte;
y pues q̃ ſoy pintor de eſta hermoſura,
eſte es original de eſta pintura.

Saca el Rey à Elena, que eſtà al paño.

Condeſt. Què ſoberana hermoſura!
Rey. Condeſtable, la mañana,
y la deidad es aqueſta:
iguala el pincèl? *Condeſt.* No iguala,
porque es la pintura ſombra.
Rey. Eſta mi eſpoſa ſe llama.
Condeſt. Tu eſpoſa, ſeñor, què dices?
Rey. Condeſtable, amigo, baſta
la ſuſpenſion que has tenido;
bien conocieron tus canas
à Tebandro. *Condeſt.* Si ſeñor.
Rey. Suyo, Conde, es eſte Alcazar,
eſta es ſu hija, y mi eſpoſa:
videla viniendo à caza;
dexè el Reyno, aqui he venido:
eſto es en breves palabras,
la ocaſion porque perdì
la Corona ſoberana.
Condeſt. Vueſtra Mageſtad, ſeñora,
me dè ſus pies. *Rey.* Què turbada
eſtà mi eſpoſa! Señora,
el Condeſtable ſe eſmalta
de nueſtra ſangre mejor.
Elena. Ya sè el blaſon de ſu caſa.
Rey. Vamos al remedio, Conde.
Condeſt. Muchas coſas encontradas
hay para nueſtro deſignio,
y la de mas importancia
es la de Isbela, que loca,
firme, altiva, enamorada,
ſi ſabe que eſtàs caſado,
ha de rebolver à Italia.
Tu hermano, fuerte, y ſobervio,
los Potentados le aman;
quiero decir, los traidores,
que los Nobles deſeàran
quitarle luego la vida.
Declararte luego, es falta
de conſejo, porque dudo,
que no nos buelva la eſpalda
la fortuna: los Caſtillos
los tienen traidoras armas;
la firma tuya ceſsò:
y aſsi, para diſpertarla,
es meneſter mucho ingenio,
gran cordura, y vigilancia.
Pero, valeroſo Iberio,
ciñe la valiente eſpada
de la prudencia, entre tanto,
que ganamos en Eſpaña
favor, aplauſo en tu Reyno,
amparo luego en Italia,
que con eſto, y el derecho,
que es tuyo, ſerà poſtrada
de eſte barbaro la vida.
Ea, gallardo Monarca,
mis eſtados, honra, y vida,
y aqueſta valiente eſpada,
ofrezco en ſervicio tuyo.
Corta la traicion, deshaga
tu brazo tantos inſultos:
ea, tu dieſtra levanta,
para que baxen al ſuelo,
en cenizas abraſadas,
las dañadas intenciones,
nubecillas, que à la ſacra
luz de tu sòlio se oponen.
Animo, aſſombro del Aſia,
buelve por tu Real Corona,
quita eſſa niebla peſada,
que à la Règia Silla oprime.
Eſta ſombra de tì aparta,
que yo de todo he de ſer
defenſa, amparo, y muralla,
roca, caſtillo invencible,
eſcollo fuerte, y Alcazar,
donde el Teatro del Mundo
vea tremolar gallarda
la vandera de tu nombre,

y el eſcudo de tus armas.
Rey. Pariente, padre, y amigo,
pues que lo fuiſte del alma,
todo à tu cargo lo dexo.
Athlante aora te llamas
de mi Imperio valeroſo:
derriba eſta, levanta
à la cumbre la fortuna,
para que puedas gozarla.

JORNADA TERCERA.

Salen Elena veſtida de labradora, y Bato de corteſano.

Elena. Bato, la vida te importa
eſte ſecreto. *Bato.* Señora,
mi ſeñor, por Dios, te adora;
eſſe frenesì reporta.
Elena. Ya te has buelto corteſano
en mentir? *Bato.* Ha ſido error,
ſiendo ruſtico Paſtor,
pero no es burla, eſto es llano:
del tratar con mi ſeñor,
y de haver aqui venido,
eſtoy ya tan entendido,
que rebiento de favor:
que no has de hacer otra coſa?
Elena. Yo he de eſcuchar à los dos.
Bato. Me han de matar, vive Dios.
Elena. Bato, eſto es coſa forzoſa.
Bato. Ruido ſiento. *Elena.* Yo me voy.
Bato. El diablo es eſta muger!
ſi eſto ſe llega à ſaber,
en grande peligro eſtoy.
Eſcondeſe Elena, y ſalen Isbela, y el Rey.
Isbela. Coſas te eſcucho, que quedo
admirada, y con razon.
Rey. Eſta, Isbela, fue ocaſion
de mi auſencia; no te puedo
decir mas, que fue forzoſo
en Jeruſalèn eſtàr,
por poder aſſegurar
la vida. *Isbela.* Caſo eſpantoſo!
Eſto aparte, en el eſtado
que tu fiero hermano eſtà,
muy dificil ſe hallarà
remedio à nueſtro cuidado.
Pero, mi bien, ò la vida
hemos de perder, ò vèr
derribado eſte poder.
Ya la parte mas lucida
del Imperio el Conde tiene
de ſu parte, ſolo aora
eſpera el alma, que adora
la tuya, lo que previene
tu firmeza con la mia;
porque deſpues que has faltado,
ſabe el mundo mi cuidado.
Rey. De tu amor la valentìa
he ſabido, Isbela amada.
Elena. Amada? Què eſcucho, Cielos!
muriendome eſtoy de zelos!
Isbela. Querido ſeñor, poſtrada
mi vida, la dilatada
muerte, que he paſſado aora,
vive el alma que te adora,
que ſi tu vida es la mia,
còmo paſſarſe podia
ſin el Sol la blanca Aurora?
Pero ya, primo querido,
que veo lo que no creo,
bien puedo dar al deſeo
lo que tanto ha pretendido:
oy la palabra te pido
de eſpoſo. *Rey.* Valgame Dios! *ap.*
Bato. Bato, quièn os trajo à vos *ap.*
à vèr eſto? eſtò perdido!
Isbela. Eſto el alma ha pretendido.
Elena. Conformes eſtàn los dos:
yo muero! *Bato.* Podrè aviſar, *ap.*
que eſtà eſcuchando mi ama?
Rey. Quien tanto, Isbela, te ama,
còmo lo podrà negar?
Meneſter es engañar *ap.*
eſta conſtante muger:
ay Elena! pretender
eſte agravio contra tì,
no puede eſcuſarſe en mì:
oy aqui me he de perder.
Digo, Isbela, que te doy
palabra::- *Elena.* Lance cruel!
Rey. Que ſerà tuyo el laurèl.
Bato. De aqui eſcurriendome voy. *ap.*
Rey. Y que acudiendo à quien ſoy,
mi ſangre:- *Elena.* Muerta he quedado!

Rey. Te darè, y en todo estado
sabràs::- *Elena.* Trance doloroso!
Rey. Que te ha estimado tu esposo,
y que tu amor he pagado.
Isbela. Ya no puede amor llegar
à mayor bien, soy tu esposa;
y pues mi estrella dichosa
oy me ofrece tal lugar::-
Elena. Quièn esto podrà escuchar?
aunque muera, he de salir.
Isbela. Para que pueda vivir
el alma en eternos lazos,
tenga descanso en tus brazos.
Al abrazarse sale Elena.
Elena. Esto se puede sufrir?
Oiga, señor; de la Quinta
ya no se le acuerda nada?
Rey. Cielos, Elena no es esta? *ap.*
Isbela. Quièn traxo aqui essa Villana?
Elena. Què es esto, señor? pues vos::-
Bato. Què cierta fue la quartana! *ap.*
el Rey de esta vez me cuelga:
mas saque aqui mi ignorancia
un remedio. Què es aquesto,
Florista, tonta, rapaza?
Vos del monte de esta suerte,
por seis dias que faltàra,
à buscarme à mì, sabiendo
que muessamo esta vegàda
ha menester mi persona?
Rey. Si èste no saca esta traza, *ap.*
aqui acababa mi vida.
Isbela. Es su muger la Villana?
Bato. Si señora, es mi moger.
Isbela. Vuestra, Bato? para Dama
la criò naturaleza.
Elena. Bato, yo estoy enfadada
de aguardaros, que hà seis dias,
que faltais en nuessa estancia:
no hay que hablar, no me he de ir
sin que vais à la montaña.
Bato. Flora, Flora, no me enojes.
Elena. No hay que enojar, es pesada
la ausencia de tanto tiempo.
Isbela. Seis dias, bella Serrana,
llamais ausencia? *Elena.* Seis dias?
què es seis dias? no aguardàra
seis horas, ni seis minutos.
Bato. Señora, es cosa muy larga
deciros lo que me quiere:
està zelosa, que estaba
hablando conmigo un dia
un capon de una ventana,
y pensando ser muger,
que es la diferencia nada,
sino le vè la ropilla,
los calzones, y la capa,
le deshace con los dientes.
Elena. Y aun no estoy assegurada,
que alli me engañaste, Bato.
Bato. Nunca un capon desengaña,
aunque le embistiera un Turco.
Isbela. Vos teneis bastante causa
para querer mucho à Flora.
Bato. Veis, estas cosas me cansan,
que no soy señor de mì.
Isbela. No serà bien hacer falta.
Iberio, si el Condestable
viniere, al punto me llama,
que temo que venga el Rey.
Rey. Vete, señora. *Elena.* Ya bastan
las señorìas, señor.
Bato. Bien ha salido mi traza. *ap.*
Isbela. A Dios, mi bien.
Elena. No prosigas.
Rey. Isbela, à Dios. *Elena.* Esso basta.
Isbela. Dime, no te has de bolver?
Elena. Con Bato, de buena gana.
Isbela. Y sin èl? *Elena.* Còmo sin èl?
Isbela. Agradame la Serrana. *Vase.*
Bato. Què tenemos? *Elena.* Esto es hecho;
ponte, Bato, en essa quadra,
y mira no venga Isbela. *Vase Bato.*
Rey. Querida esposa del alma?
Elena. Còmo del alma, señor,
si la teneis ocupada?
Quièn pensàra, quièn dixera
(ò poderoso Monarca!)
que havia de oir Elena,
entre amorosas palabras,
darète mi sangre, Isbela,
y de la Corona sacra
ceñirà el laurèl tu frente,
propia diadema del alma?
Ay de mì: salgan del pecho
las cenizas abrasadas,

los

los agravios que padezco,
repetidos à mis anſias.
Bien me pagais tanto amor,
bien pagais finezas tantas;
mas direis, famoſo Iberio,
que baſtan para Villana,
y que ſobran para un monte
ya las finezas paſſadas.
Bien ſe compadece aqueſto
con mi amor, que eſta mañana
deſeſperada de vèr
vueſtra auſencia, ſiempre larga
para mis ojos, ſalì
de eſſe deſdichado Alcazar,
tumba, al fin, de mi fortuna,
y fin de mis eſperanzas,
tan deſpavorida, y triſte,
que dì materia à las plantas,
à los montes, y à las fieras,
de lamentar mi deſgracia.
Viſte la Garza valiente,
que en eſſa region opaca
es la vela de los vientos,
nave del Orbe gallarda,
que haviendo ſurcado el globo,
bate las bolantes alas,
y con deſaſido curſo
baxa à la peña mas alta,
y que no hallando en el nido,
ſino el algodon, y pajas,
echando menos el fruto,
que ſaliò de ſus entrañas,
tomando de rayo forma,
todas las raſas campañas,
y los campos eſparcidos,
eſpejos propios del Alva,
ſurca altiva, el roſtro fiero,
toda la pluma erizada,
en cada cañon un tiro,
en cada pluma una bala,
en cada ala una ſaeta,
ſirviendo el pico de lanza,
mal compueſta la hermoſura,
los ojos brotando llamas,
que parece, ſegun buela
ſobre eſſa fabrica vaga,
que el Sol le tiene ſus hijos
en lo oculto de ſu Alcazar,
y que ſi encuentra en ſu esfera
ave qualquiera, la agarra,
y con tal anſia la parte,
que para ſer ſeñalada
de que ha vengado ſu agravio,
todo ſu veſtido eſmalta;
ò por ira de ſu guſto,
ò porque ſea eſta gala
nacimiento de ſu orgullo,
ò blaſon de ſu venganza?
Pues aſsi, ſeñor, bolviendo
la viſta à toda mi eſtancia,
viendo deſpojado el nido
de tu deidad ſoberana,
raſgando esferas de montes,
ſotos, valles, y montañas,
confuſo todo el ſentido,
combatida toda el alma,
he llegado à vueſtra viſta,
para hacer como la Garza
en eſſa avecilla dèbil,
con ſu purpura mi gala,
ſacando con mi inocencia
todos los zelos del alma.
Cansòſe tu Mageſtad,
que baſtan tres años, baſtan,
para un Paſtor de los montes,
que cabezas coronadas,
como ſolo de sì penden,
olvidan quando mas aman.
No importa que eſpoſa ſea,
que bien podeis repudiarla,
porque las leyes del guſto
profanan las coſas ſacras.
Deſtruyaſe el padre mio,
acabeſe mi privanza,
ſepulteſe vueſtra eſpoſa,
y aqueſtas joyas preciadas
triunfo doloroſo ſean
de ſu canſada madraſtra;
que yo acabando la vida,
zeloſa, y deſeſperada,
combatida, triſte, y pobre,
perſeguida, y deſdichada,
ſola, ſin amparo, y norte,
defraudada mi eſperanza,
ſerè exemplo de deſdichas,
para que podais gozarla,

Rey. Señora, Elena, mi vida,
eſpoſa, mi bien, ya baſtan
las lagrimas, y ſuſpiros,
que ſon balas, que traſpaſſan
el corazon: yo te adoro,
el dar à Isbela palabra,
es engañar ſu deſeo,
por ſer fundamento, y baſa
para cobrar nueſtro Imperio,
que no es afecto del alma
lo que eſcuchaſte, ſeñora.
Elena. La propoſicion es falſa,
que no articùla la lengua
bienes, que al alma le enfadan,
porque arroyo caudaloſo
ha nacido ſu abundancia
de la ſonoroſa fuente,
que inunda copos de plata.
Rey. Vive Dios, Elena mia,
que diga à voces el alma,
que ſoy Iberio, y que tù::-
Bato. El Rey à otra quadra paſſa,
no es tiempo de hablar aora;
Isbela buelve. *Rey.* La traza,
mi bien, que aqui nos importa
es, que con Bato te vayas
al quarto del Condeſtable,
porque ya la noche baxa,
y no es bien que aqui te vean.
Elena. Ya me embias? què deſgracia!
Rey. Vive Dios, querida Elena,
que yo con mi miſma daga
me dè muerte. Yo, mi bien,
ſi el mundo ſe barajàra,
havia de querer à otra?
Elena. Què, al fin, à Isbela no amas?
Rey. Què es amar?
Elena. Què no la quieres?
Rey. Què es querer? Elena, baſtan
tus porfias. *Elena.* Ya me voy.
Rey. El alma en tì ſe retrata.
Elena. Yo en el corazon te llevo.
Rey. Mira, mi bien, que te agravias
en penſar de mì::- *Bato.* Que viene
con el diablo. *Rey.* Eſpoſa amada,
à Dios. *Elena.* Mi ſeñor, à Dios. *Vanſe.*
Bato. Quien en eſtas coſas anda,
guardando ayer ſeis ovejas,
dos bueyes, y quatro cabras;
pues mudò naturaleza,
y ſe ha veſtido eſtas calzas,
ſi à los cientos le enſeñaren,
tome de eſpacio las cartas. *Vaſe.*
Salen Ludovico, y Octavio.
Ludov. Eſto ſiento por agravio,
Isbela no tiene amor,
y deſprecia mi favor:
y lo mejor es, Octavio,
acabar eſte impoſsible.
Octav. Con razon te has enojado.
Ludov. Eſtoy tan deſeſperado
de ſu condicion terrible,
que eſta noche he de gozalla,
ò la he de quitar la vida,
que es tan vana, y preſumida,
que otro remedio no halla
mi amor, para vèr cumplido
el fin de aqueſte deſeo.
Octav. Determinado te veo,
y eſte es el poſtrer partido.
Ludov. Es muy bueno, amigo Octavio,
que llore à mi hermano aora.
Octav. Conſtantemente le adora.
Ludov. Eſſo tengo por agravio.
Octav. En todo tienes razon.
Ludov. Solo de tì me he fiado;
y pues la noche me ha dado
para mi intento ocaſion,
tengan fin en eſta ingrata
los deſdenes, y rigores,
y conozca mis favores,
pues con deſprecio me mata.
Octav. Sabes què me ha parecido?
que te entres à deſcanſar,
y dès al tiempo lugar
para ir mas prevenido;
demàs, que ſerà mejor
aguardar à ſer mas tarde.
Ludov. Nunca el amor fue cobarde:
yo ſoy Rey, y ſoy ſeñor:
no le han de valer, Octavio,
las voces. *Octav.* Yo no queria,
ſino aviſarte que havia
contradiccion. *Ludov.* Cierra el labio,
que por no eſcucharte, dexo
de ſatisfacerte aqui:

ja-

jamàs le tomè, ni dì,
ni quiſe ningun conſejo.
Yo de mì me he de fiar,
que ſoy quien ſoy en poder;
y aſsi no quiero ſaber
lo que no puedo ignorar.

Vanſe, y ſalen el Rey, y Bato con unas cartas.

Bato. Bien diſguſtada quedò.
Rey. Tù tienes culpa de todo.
Bato. Yo, ſeñor, no ſe lo dixe,
quando temerario, y loco
la dabas palabra à Isbela?
Rey. Ay Bato! en el alma pongo
los amores de mi eſpoſa:
ſabe el Cielo, que la adoro.
Bato. Eſtas cartas con ſecreto
me diò el Condeſtable, y ſolo
à otra coſa no he venido.
Rey. Llega eſſe bufete: el modo
del Imperio me dirà;
trae luz, y mientras pongo
de acuerdo eſtas cartas, Bato,
retirate. *Bato.* Lindo modo!
aunque tù no lo dixeras,
eſtò de ſuerte, que ignoro,
que lo dexàra de hacer,
que aqueſta es vida de locos:
llamame de aqui à cien dias. *Vaſe.*
Rey. Valgame Dios! què negocios
tan graves ſon los que ſigo! *Sientaſe.*
Ampareme el Cielo en todo,
que querer cobrar mi Reyno,
es un derecho tan propio,
que ſolo fuera delito
no cobrarle: el pliego rompo:
eſta dice: Prevenidos *Lee.*
diez mil hombres de ſocorro
tiene Alberto. Buen Soldado!
acudes à tu dichoſo
nacimiento. Aqueſta dice:
Seis Caſtillos, Marco Oſſorio
te aſſegura. Gran vaſſallo!
Eſta dice: Paulo Jovio
te ofrece tres mil Cavallos
Alemanes, y Moſcovios
diez mil Infantes. Valor
invencible! el Reyno todo,
como à ſeñor natural,
ha de ayudarme, es forzoſo.
Tributo el ſueño me oprime,
recoſtarme quiero un poco,
pues ya sè ſus penſamientos,
que pues he quedado ſolo,
mas de eſpacio podrè verlos.

Duermeſe, y ſale Ludovico.

Ludov. Diſcurriendo poco à poco
el quarto de Isbela, he viſto
à eſta parte luz: ignoro
quien en tan oculto ſitio
pueda eſtàr: lance forzoſo
ha ſido el llegar aqui.
El ſilencio mudo, y ſordo
dà ocaſion: pero què veo!
hombre en eſta quadra ſolo!
Valgame Dios! de eſta ſuerte
Isbela ofende el decoro
de mi ſangre? En un bufete
veo unos papeles: todo
eſtà en ſueño ſepultado
el Palacio. Aqui es forzoſo
reconocer el traidor,
que ſolicitò el oprobio
de mi caſa, y de mi ſangre.
Quiero acercarme de modo,
que no me pueda ſentir:
valgame Dios, y què aſſombro!
què horror! què eſpanto! Mi hermano
es el que miran mis ojos:
clavaronſeme en la tierra
los pies, mi eſpiritu propio
me eſtà temblando: què veo!
O què caſo prodigioſo!
Què harè? ſi es viſion? ſi es ſueño?
no, que el ſemblante del roſtro
verdad natural enſeña:
pero, corazon heroico,
apuremos eſte encanto
para ſalir de eſte ahogo.
Cojo las cartas, que en ellas,
es caſo cierto, y notorio,
que havrà luz de eſte prodigio.
Eſte dice: Marco Oſſorio *Lee.*
te dà (yo pierdo el ſentido!)
aqui dice: Paulo Jovio
te ofrece tres mil Cavallos.

 Va-

Valedme, Cielos piadosos!
este es mi hermano sin duda,
estos hombres los conozco,
sus letras son todas estas.
Què harè? Matarèlo? es corto
el discurso, y aguardar
al sueño terminos locos,
no le permite el ingenio,
y aqui viene à ser impropio:
sacarè la daga, y sea
aqui de la punta al pomo
teñida en su aleve sangre;
ò què lance riguroso!
Valgame Dios! de turbado
se apagò la luz: Teodoro,
ha de mi guarda. *Rey.* Què es esto?
aquesta voz reconozco. *Dispierta.*
Ludov. Octavio. *Rey.* Mi hermano es este,
què desdicha! Poco à poco
el quarto de Isbela busco.
Ludov. Ola, gente: Lusidoro.
Rey. Feliz suerte! este postigo
està abierto, pondrè en cobro
la vida. *Vase, y salen Octavio, y Criados.*
Octav. Señor, què es esto?
Ludov. Buscad este quarto todo.
Octav. Tù sin luz, y de esta suerte?
Ludov. Hombre aqui? mira, Teodoro,
que no se escape el tirano.
Octav. Es ilusion, ò es assombro?
hombre aqui? señor, què dices?
Sacan à Bato dormido.
Sold. 1. La verdad, este es. *Bato.* Un poco
no me dexàras dormir?
Ludov. Descubridle luego el rostro.
Octav. Vesle aqui.
Ludov. Què es lo que veo!
no es este el hombre.
Octav. No hay otro.
Ludov. Quièn eres? *Bato.* Còmo quien eres?
Bato, que roncando à soplos
estaba: dexadme, digo.
Sold. 2. El debe estàr hecho un zorro.
Bato. Zorro? Mona bastàra.
Ludov. Hombre, tente. *Bato.* Lindo tonto!
sabeis si puedo? *Octav.* Por Dios,
que està perdido. *Sale Isbela.*
Isbela. Dichoso *ap.*
susto! ya Iberio queda
con el Condestable. *Bato.* Es mosto?
mas quiero de lo haloquillo.
Ludov. Isbela? *Isbela.* Señor? *Ludov.* Ignoro
como en tu quarto suceden
semejantes alborotos:
quièn es este hombre?
Isbela. Un Villano,
que por ser bufon gracioso
le han traìdo à mi servicio.
Ludov. Dissimular es forzoso *ap.*
todo quanto he visto aqui;
porque si aqui me alboroto,
se deroga mi designio,
y si le callo, le cobro:
No llevar las cartas, es
discreto consejo; apoyo
este parecer por bueno,
que es termino sospechoso
descubrir al enemigo,
por saber su intento propio:
Llamarè à Cortes al punto,
darè las Plazas à otros
para assegurarme mas,
y con pecho cauteloso
haràn sordos mis sentidos
las trazas de estos dos monstruos;
y executarà mi ira
la venganza de este oprobio.
Esta es prudencia muy grande,
porque aunque es dueño tan propio
mi hermano, y este secreto
està de mì tan remoto;
la Corona es un hechizo,
tan vivamente animoso,
que los hijos à los padres
suelen perde el decoro:
Y una vez puesto el laurèl,
el bello circulo de oro
queda estampado en la frente,
hecho caracter de modo,
que solo la muerte quita
aquel arco luminoso.
Meted esse hombre allà dentro.
Bato. Aun no he pegado los ojos,
y tantos mosquitos tengo?
Ludov. Recogeos todos vosotros:
à Dios, Isbela. *Vanse.*

Isbela.

Isbela. Señor,
id con Dios. Hay mas dichoso
sucesso, como las cartas,
que con el cruel enojo
no las mirò Ludovico!
hay caso mas espantoso! *Vase.*
Salen el Condestable, el Rey, y Elena.
Condest. Què dice tu Magestad?
Rey. Lo que os digo es cierto.
Condest. El Cielo
ha de amparar nuestro zelo,
pues se funda en la verdad.
Rey. Salì de la obscuridad
por un postigo. *Condest.* Notable
sucesso! *Rey.* En fin, Condestable,
socorrido de mi estrella
me salì al quarto de Isbella.
Elena. Ha sido suerte admirable.
Rey. Sì, mas las cartas dexè,
Conde, encima del bufete.
Elena. Esso, señor, no te inquiete
el corazon: yo quedè
tan muerta, como se vè,
desde el punto que te vì:
vamonos, mi bien, de aqui;
el Reyno dexa à tu hermano;
mira, señor, que es tirano.
Rey. Duelase el Cielo de mì!
Condest. Señor, quince mil cavallos,
diez Castillos obligados,
treinta mil hombres pagados,
son tres leales vassallos;
estos no hay que conquistallos:
señalar conviene el dia,
que dexen, señor, à Ungrìa,
y dèn la buelta à Belgrado,
que esta materia de estado
es la mayor valentìa.
Rey. Aora bien, de nuestra parte
tenemos treinta mil hombres
de los mas famosos nombres?
Condest. Son propios hijos de Marte.
Rey. En diez Castillos reparte
tu idèa tres mil, y es bien,
son de cavallos tambien
quince mil: pues què aguardamos,
pues solo en lo que tardamos
perdemos el parabien?
Que tenemos mas verdad,
archivo de la malicia,
y sobre todo, justicia,
palabra de la deidad;
pues, Conde, no es necedad
querer formar un temor,
à donde todo es valor?
muera Ludovico. *Condest.* Muera.
Rey. Ruido he sentido allà fuera.
Condest. Bato es aqueste, señor. *Sale Bato.*
Rey. Bato, que hay de nuevo? *Bato.* Nada.
Rey. Què dices? *Bato.* Que Embaxador
me he buelto en este Palacio:
ya me voy, ya no me voy,
ya saco luz, ya bufete,
ya aguardo à Elena, ya estoy
quarto aqui, quarto acullà,
ya llevo cartas, ya no,
ya guardo puertas, ya alcobas,
ya soy loco, ya bufon,
ya marido, ya Villano,
ya escondido, ya ladron,
ya dormido: Satanàs
lleve quien me dispertò!
ya correo, ya borracho,
y en esta cansada union,
me huele à esparto el gaznate;
mire si hay cosa peor?
Rey. No es tiempo aora de gracias.
Bato. De desgracias digo yo.
Rey. Por Dios, Bato, que ya eres
muy cortesano hablador.
Bato. Escucha, que ya no es nuevo,
hablar veràs un Pastor.
Sabe que el Rey riguroso,
severo el rostro, el pecho cauteloso,
benèvolo el semblante,
el corazon mostrò como diamante,
que si aprendiz le hiciera,
tan rudo pudo ser, que no aprendiera.
En un secreto espacio
mandò venir sus nobles à Palacio,
y con voz alterada,
tan aprisa del pecho articulada,
que al salir repetida,
con el incendio, con que fue salida,
al viento condensaba,
y para esta region lo mas callaba;
pues

pues el aire, y el fuego
iban à ſu region con gran ſosſiego:
Dixo: el Trono ſagrado
eſta mañana al Cielo he colocado,
que hacer conſejo quiero,
y caſtigar ſevero
delitos, que ocultados
eſtàn, y por el alma averiguados.
Corra la voz, y ſea
ſatisfecha mi idèa,
y con gran gentileza
acuda à mi preſencia la grandeza,
que hà mucho que he dexado
de governar, y tengo decretado
coſas muy importantes.
Los nobles, con afectos ſemejantes,
dixeron: es muy juſto,
que es al Pueblo, y al govierno guſto.
Eſto queda aſſentado,
y eſto queda en el Reyno decretado;
à empreſſa ſemejante,
govierna, gran ſeñor, en lo importante:
todo el Reyno te adora;
y pues llegò la hora
de cobrar lo perdido,
ſaca el acero, de valor ceñido;
colocada tu fortuna
ſobre el còncavo hermoſo de la Luna;
pues tienes de tu parte
el natural valor, rayo de Marte.

Rey. Eſto es hecho: luego al punto,
Condeſtable, con valor
ſe aviſen los Potentados,
caiga al ſuelo eſte Nembròt:
eſtèn aqui prevenidos
mis amigos; porque yo,
colocado en mi verdad,
reſuelto en mi pretenſion,
amparado de mi nombre,
ſobre mi miſmo valor,
à peſar de Ludovico,
y de todos quantos ſon
cuſtodias de ſu locura,
y aliento de ſu traicion,
he de cobrar mi corona,
que hà mucho ſe me cayò
de la cabeza, y es falta
de prudencia, y de valor,
por no perder una vida,
no cobrar tanta opinion.
Pero, Condeſtable amigo,
mi intento es noble, que yo
no voy à matar mi hermano,
ni es eſta mi pretenſion,
que es mi ſangre; y aſsi quiero
con prudencia en ſu rigor,
vèr ſi pueden las palabras
quitarle de ſer traidor.
Ningun Soldado ſe mueva,
eſta es la orden que doy;
y aſsi, valeroſa Elena,
nada te cauſe temor:
aviſe Bato à tu padre,
y à tu hermano, que ſi Dios
à los ſobervios humilla,
yo en las armas de mi honor,
de la razon me he valido.

Condeſt. Siempre el Cielo la ayudò. *Vanſe.*

Salen el Duque, y Octavio.

Octav. Ya viene ſu Mageſtad
con los nobles à Palacio,
à las Cortes de ſu Reyno.

Duque. La mejor fieſta es, Octavio,
que viò eſte Planeta rojo
deſde el Oriente al Ocaſo.

Octav. Por cierto, ſolemne triunfo,
por cierto, ſolemne aplauſo,
y tan preſto prevenido,
que parece ſueño el caſo;
pues ſolo anoche ſe dixo
en el Conſejo de Eſtado,
y oy, Conrado, ſe executa.

Duque. Coſas de Reyes, Octavio:
ya el ſacro doſèl deſcubren
los Ungaros, y Polacos;
ya ſale abreviado un mundo.

Octav. Con razon lo has alabado.

Tocan Caxas, y Clarines, y deſcubreſe un Trono, y ſalen por un lado Ludovico con inſignias Reales, y acompañamiento, y por el otro el Rey con ſu miſmo veſtido, el Condeſtable, Iſbela, Tebandro, Lauro, y Bato de gala, y acompañamiento.

Ludov. Subo al valeroſo Trono.

Rey. Subo al Trono ſoberano.

Ludov. Detente, loco, detente.
Rey. Tù refuelto, y temerario
puedes, Ludovico, hacerlo,
que foy Iberio tu hermano.
Ludov. Còmo mi hermano? què es efto?
ha de mi guarda. *Rey.* Soldados,
ha de la mia. *Unos.* Señor?
Otros. Señor, què mandas?
Ludov. Villano,
còmo à mi poder te atreves,
fiendo hombre tofco, y baxo?
que por fer tan parecido
al Rey Iberio mi hermano,
con dos traidores de efcolta,
que acafo te han amparado,
quieres al Reyno oponerte?
Por el Cielo foberano,
que yo mefmo te dè muerte.
Rey. Con la paz te ruego, hermano:
vueftro Rey foy, Cavalleros.
Duque. Efte es Iberio, Soldados,
nadie fe mueva, ni altere,
aunque tenga convocados
mil mundos en fu defenfa;
porque tiene el Rey armados
diez mil Soldados valientes
Alemanes, y Polacos,
para fujetar el Orbe.
Ludov. Què aguardais, viles Vaffallos?
por què no le dais la muerte?
Rey. Nadie le agravie, Soldados.
Ludov. Nadie un villano me acaba?
Rey. Ninguno llegue à matarlo.
Ludov. Què efperais?
Rey. Nadie fe mueva.
Ludov. Nadie dà muerte à un villano?
pues muera de aquefta fuerte.
Rey. La efpada facas, baftardo?
ya es natural la defenfa.
Riñen los dos, y cae Ludovico, y el Rey le pone el pie al ombro.
Ludov. Valgame Dios!
Condeft. Cafo eftraño!
Rey. Pife mi pie tu fobervia,
y en el vale, y poftrer paffo,
conozca el mundo, que foy
el Monarca mas bizarro,
que ha iluminado los figlos
con lo fuerte de fu brazo.
Valgate aqui mi piedad,
y levantate à mis brazos,
que eres mi fangre, y verterla
fe queda para tiranos.
Ludov. Dame tus pies: Cavalleros,
vueftro Rey eftais mirando.
Todos. Viva el poderofo Iberio. *Caxas.*
Ludov. Ocupe el Trono fagrado.
Sube al Trono el Rey, y fe fienta en èl, y Ludovico fe quita la veftidura Real, y ponefela al Rey.
Isbela. Ya que en èl, feñor, te veo,
pues te tengo por mi amparo,
fubo al dosèl, como efpofa.
Al ir à fubir al Trono Isbela, fale Elena veftida de Dama muy bizarra, y la detiene.
Elena. Eftà, feñora, ocupado.
Isbela. Còmo ocupado? què es efto?
Bato. Tened, que aora empezamos.
Rey. Valerofa prima mia,
luz del Orbe, candor facro,
colocado en tu valor,
que es el realce mas alto;
efta que vès es mi prima,
hija del Duque Tebandro,
que eftà prefente, y mi efpofa.
La aufencia de tantos años
ha fido por fu ocafion:
mas porque veas que pago
el engaño que te hice,
fi puede llamarfe engaño
Engañar para Reynar;
dà à Ludovico la mano,
que en èl mi fangre te doy,
y partiendo mis Eftados,
te doy de Ungria el laurèl;
con que tu amor he pagado,
y mi palabra cumplida,
quedando fiempre obligado
al amor mas invencible,
al corazon mas gallardo,
que en los anales del tiempo
las hiftorias celebraron.
Isbela. Mal has pagado mi amor;
mas pues lo ordenan mis hados,
porque veas fi te quife,

le

le doy la mano à tu hermano.

Dale la mano à Ludovico.

Ludov. Yo el alma.

Bato. Y Bato se guinda?

Elena. Con Flora, en dote te mando
nuestra Quinta, y quatro Villas.

Bato. Dineros?

Elena. Diez mil ducados.

Rey. Y aqui el Poeta dà fin
à su Comedia, notando
ser la primera que ha hecho:
si à vos, ilustre Senado,
os agrada, serà buena,
que este es el crisol mas claro.

FIN.

Con Licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio de Corpus Christi, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1762.